

LETRAS | NARRATIVA

# ANECDOTARIO GODÍN

EL ARTE DE VER,  
ESCUCHAR Y CALLAR

DAVID R. ARELLANO  
JORGE G. NARVÁEZ



Anecdotario godín  
El arte de ver, escuchar y callar

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

DAVID RODRIGO ARELLANO ZUBIETA  
JORGE GABINO SORIA NARVÁEZ

Anecdótico godín  
El arte de ver, escuchar y callar



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE  
MÉXICO

Delfina Gómez Álvarez  
*Gobernadora Constitucional*

Nelly Minerva Carrasco Godínez  
*Secretaría de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Nelly Minerva Carrasco Godínez, Paulina Moreno García,  
Miguel Ángel Hernández Espejel, Nayeli Gómez Castillo

*Comité Técnico*

Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Anecdótico godín. El arte de ver, escuchar y callar*

© Primera edición: Asociación Desarrollo de Liderazgo, A. C., 2018

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2024

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.  
foem.edomex.gob.mx

© David Rodrigo Arellano Zubieta y Jorge Gabino Soria Narváez, textos

© Daniel Báez Bonorat, obra de portada

ISBN digital: 978-607-69828-0-8

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 226/09/09/24

Hecho en México / *Made in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

*A María Fernanda y Ana Lucía,  
cómplices intelectuales y bálsamos emocionales  
en cada línea de mi vida.*

David Arellano  
(Godín jurídico)

*A Aidé Barrera R.,  
por haber motivado mi camino, por la nobleza  
de tu alma y candor, por haberte encontrado  
en el mundo godín, al cual no perteneces.  
Admiro tu ciencia.*

J. Gabino Soria N.  
(Godín administrativo)

## Preámbulo Godín (*Salaryman*)

Oficinista que, al depender de un ingreso fijo, debe hacer peripecias para llegar al final de la quincena. Su condición de asalariado lo lleva a variopintas situaciones como sobrevivir con café y galletas, así como tener un vestuario limitado.

Está esclavizado a una silla y siempre temeroso del jefe, con quien convive únicamente en la comida de aniversario de la empresa.

Su situación precaria también se traslada a casa; pero lo que lo caracteriza es su inigualable creatividad e ingenio para adaptarse y resolver situaciones en la oficina, desde cómo hacer un soporte para su celular con clips hasta transportar caldo de pollo en tópers sin derramarse.

En el caso de las mujeres se incluye la manera de decorar sus espacios de trabajo, al llenarlos de plantas y coloridos post-it con



frases motivadoras; el conservar en sus cajones toda una variedad de barras nutricionales, galletas, barnices de uñas, cremas, semillas, recipientes con azúcar y café, o la estrategia de abaratar costos al cambiar de cuenta en Netflix registrando varios correos para tener siempre activado su servicio.

Hay quienes piensan que ser godín es toda una aventura, algunos dirán hasta un estilo de vida que va adquiriendo prestigio y reconocimiento social. Lo que sí es un hecho es la forma de divertirse, enfadarnos, lamentarnos y generar empatías y antipatías, así como de ser solidarios, colaborativos y sobrellevar las injusticias en una inmensa gama de intereses de los cuales somos testigos.

Todo esto se da a la perfección en esta gran comunidad, esta gran familia, esta sociedad del mundo godín.

## Introducción

En diez breves historias, los autores de este libro intentamos describir una pequeña parte del universo de los godínez y, por tanto, el lector podrá encontrar en ellas un poco de nobleza y mezquindad. Los relatos compilados reflejan experiencias personales, también aquellas que le pasaron al primo de un amigo y con las cuales todo godín se identificará.

La pretensión es ofrecer un sencillo homenaje a todos aquellos quienes, tras un escritorio, brindamos nuestra inteligencia, energía y voluntad dentro de un sistema, el cual, aunque a veces injusto, constituye el laboratorio en el que se gestan grandes proyectos de trascendencia nacional.

Ninguna historia se parece a otra; sin embargo, los protagonistas, al compartir el ADN godín, siempre tienen algo en común,

lo que producirá en el lector una sensación de empatía con la que reirá y reflexionará junto a los personajes de cada uno de los relatos.

Como sabemos que los lectores serán, en su mayoría, compañeros godínez a quienes no nos gusta perder el tiempo en textos sin sustancia, pues leemos muchos manuales, reglamentos, leyes, lineamientos, políticas, criterios y demás textos de maravillosa creatividad burocrática, aquí cortamos la introducción y los dejamos con los colegas (personajes) que dan vida a este proyecto.

## El arte de sobrevivir (De quincena en quincena)

La gente ordinaria no lo comprende de verdad.

Yo lo entendía perfectamente.

Desde mi estación de trabajo veía su rostro increíblemente excitado, mientras su enramada neuronal recibía millares de descargas subatómicas de serotonina y su semblante liberaba catárticamente una estruendosa euforia. Y no era para menos.

El pobre de Alfredo había llegado milagrosamente a colocar sus huellas dactilares en la máquina diabólica generadora de agonías, agitamientos, taquicardias, rezos y mentadas. Sí, esa que encarcela tu historia dentro de la empresa bajo los estándares productivos de la puntualidad.

Es justo en esos momentos cuando decenas de empleados intentan apresurar al de enfrente con estrategias aprendidas en el

metro durante las horas pico. Otros generan contorsiones arrítmicas, combinadas con equilibrismo y grados de dificultad entre los tópers, el cilindro de agua, la bolsa femenina y el peinado. Los más histriónicos y hostiles repasan con muecas lo que evitan decir con palabras. Unos más ejercen presión con un irritante paso de tap a un sólo pie. Las miradas de “muérete maldito”, y las sonrisas disimuladas, se ofrecen en abierto careo para quien ha utilizado la máquina de huellas digitales como lámpara de *gelish*, dejando al reloj avanzar y marcando para muchos el condensatorio retardo.

Para Alfredo, este ritual de devoción a la gran diosa que rige las quincenas era simplemente la acción necesaria para que los sumos sacerdotes patronos del templo no le robasen algún pequeño fragmento de esa felicidad llamada, por la religión actual, dinero.

Subió, pues, con premura las escaleras de los dos pisos anteriores, llegando precipitadamente a su tercer piso. Andrea, la Miss Universo del área comercial, intentó saludarlo, no obstante, él llevaba consigo otras prioridades. Ensimismado en sus pensamientos, balbuceó unas palabras y apenas hizo un ademán de regreso. Tal desdén a la Vikki Dougan le traería consecuencias lamentables. Y es que, a Alfredo, el criterio de sopesar oportunidades era algo que no se le daba en lo más mínimo. Era capaz de darle más importancia a los vales de despensa, los cuales recibiría al día siguiente, frente a la insistente invitación para salir de una guapa compañera de trabajo. Claro, pasaría los meses siguientes quejándose de que nunca, alguna chica, le ha brindado una oportunidad.

Si lo primero en pensarse es que era el godín de la oficina, diré, en su defensa, no. De verdad lo conocí y ratifico que toda etiqueta fútilmente expresada no es sino fruto de mentes carentes de toda

capacidad analítica. Alfredo era más complejo de lo que pudiera expresarse. Vestía de traje gris casi todo el tiempo y sus camisas no solían estar abotonadas del cuello, pues nunca tenían ese botón. Sus tarjetas de Coppel y Elektra estaban al corriente, gozaba de solvencia financiera para su champurrado de la mañana, y mantenía, de años atrás, créditos copiosos con el bolero de la esquina y el tamarero de al lado.

Además, sus inversiones financieras le retribuían, dos veces al año, un pletórico retorno; y, era realmente hábil para conseguir los primeros números de la tanda en la oficina. Su principal logro, el cual siempre salía a flote en las conversaciones, era que la “pequeña mansión” —como la llamaba— había sido amueblada con originales enseres de Walmart, “nada de tablas baratas y pegadas como los que se llaman rústicos y coloniales que venden en los tianguis”, decía.

Físicamente, Alfredo era de estatura media, un poco obeso, de tez morena, ojos cafés, cabello lacio, oscuro y corto; nariz achatada, cejas pobladas, mentón triangular y voz ronca. Rondaba los cuarenta y cinco años, divorciado y con una hija de seis años a la que veía cada tres o seis meses por vivir en Oaxaca.

Claramente, muchos elementos pueden inducir al error y se podría llegar a catalogar a Alfredo a la ligera, dentro de un segmento laboral que no le corresponde. Pero, insisto, no era un godín, su trabajo lo realizaba con maestría, después de más de veinte años en el mismo puesto y sin cambio de funciones, evidenciando que se trataba de un componente clave para el desarrollo económico del país.

El mundo necesita más Alfredos, así como “Pepes y Toños”, gente comprometida, que sabe su rutina metódicamente y al más puro estilo del control iluminati. Sin cuestionar, y totalmente

direccionados al consumo comercial, mientras producen, para los corporativos, insultantes sumas de riqueza, los cuales no figuran en los estados financieros.

Para él, la vida ha sido una continua superación, el venir de una comunidad mixteca de Oaxaca a la capital del país y desconociendo el idioma. Comenzar en la empresa como repartidor de correspondencia, asumiendo cada vez mayores responsabilidades como el fotocopiado y engargolado de documentos; asimismo, el no saber conducir lo restringió a una vida de oficina al tener que suplir a la secretaria, quien se ausentaba tres de los cinco días laborales de cada semana durante una larga temporada.

Eso lo capacitó para sus futuros encargos, llegando a ser, en la actualidad, el responsable del control de los expedientes, tarea en la que ha buscado profesionalizarse, al grado de generar su propio reporte en Power Point, con animaciones donde una carpeta amarilla aparece justo en el momento de dar clic y, posteriormente, con otro, aparece un número simbolizando las carpetas que han revisado hasta la fecha. Sabe que, cuando su jefe vea la animación de la carpeta amarilla acompañada del número representativo, le reconocerán no sólo su buen desempeño, sino el mérito de superarse.

En su sencillez y humildad, entrega dicho reporte también de manera impresa desde hace cuatro años, y esperando que su superior llegue a preguntarle cómo elaboró tan creativo reporte y entonces, sólo entonces, mostrarle la animación en la pantalla de su computadora para dejarlo perplejo.

Es paciente. Cada vez que le pregunto si ya ha venido su jefe, me afirma, sonriente, que aún no, pues su jefe es una persona muy ocupada, pero ya se dará su tiempo para convivir con los empleados

y ver el trabajo que realizan, y será ese el momento idóneo para demostrarle lo bien que hace las cosas.

Sigo observando a Alfredo y la luz que irradiaba su rostro hace pocos fragmentos de tiempo se tornó en un paisaje desolador; ha cruzado sus brazos sobre el escritorio y ha dejado caer su rostro en medio hasta ocultarlo, mientras solloza silente.

Cómo no sentir empatía por un ser así, que sufre en estos momentos, sin embargo me intriga el fulminante cambio anímico. Al acercarme, inmediatamente levanta la cabeza y pregunta si tampoco me han depositado, le respondo que sí, me llegó la quincena; no obstante, como se presentaron recortes, sé que a varios nos les han efectuado su pago.

Comienza a cavilar y veo su piel palidecer, se levanta buscando a quién interpelar. Para corroborar su mala fortuna, pasa por el espacio de trabajo de Andrea, a quien previamente ignoró —y como lo manifesté, suele ser una mala idea tener esa actitud— y le pregunta si ella recibió su pago, siendo desdeñado por respuesta.

Con aire derrotista, Alfredo continúa su trayecto entre los espacios de trabajo de quienes poco a poco van llegando a trabajar, a su mente se adhiere la idea de un error temporal, pero lo que ignora, y perdió la oportunidad de saber, es que en esta quincena le llegó un incremento salarial a la Miss Universo del piso tres por su promoción de nivel, el cual se autorizó a cambio del recorte de algunas plazas.



## Demonios internos (El amor distante)

Cuando llegó a la cita, el edificio le pareció excesivamente lujoso para tratarse de un inmueble gubernamental. Era una construcción moderna, sin muros de concreto, en la que toda la estructura tenía ventanales de espejo. Antes de entrar se sintió un poco intimidado. En el momento que ingresó, su nerviosismo aumentó al percatarse de lo caro de los muebles y, en especial, del buen gusto impregnado en ese lugar. Sin duda, era una institución especial.

Una secretaria joven le indicó, con ensayada amabilidad, que "El Licenciado" lo recibiría en un momento. Daniel se sentó a esperar en un soberbio sillón de piel.

Mientras hojeaba una revista de excelente calidad, dirigida a un público económicamente "superior", pues la publicidad versaba sobre yates y aviones privados, departamentos con vistas

panorámicas al océano Pacífico, relojes más caros que el departamento donde vivía, entre otros bienes sólo asequibles al .001 por ciento de la población mundial; llegó una muchacha, la cual cambió la concepción que Daniel tenía, hasta ese momento, de la belleza.

Ella le sonrió con un gesto inefable en el que se mezclaban una sensualidad desmesurada con un recato incorruptible. Con unas piernas largas y muy blancas, tonificadas por un evidente trabajo atlético, se acercó al módulo de la secretaria. Daniel no pudo escuchar la conversación, pero, al cabo de unos instantes, la muchacha regresó y se sentó junto a él.

El aroma de la chica le era insoportable; un perfume letal que provenía de un lugar alejado de la Tierra; un viento edénico que colapsaba toda idea racional. Daniel pensaba que así debía oler el lecho donde yacen las once mil vírgenes de los musulmanes. Luchaba por escapar del trance de placer provocado por ese perfume... y esos ojos, y esas pestañas, y esa sonrisa, pues, dentro de un pequeño espacio de cordura que le dejaba esa percepción sensorial, sabía que pronto debía pasar a entrevistarse con "El Licenciado".

Cuando sus capacidades intelectuales estaban a punto de subyugarse ante tal atmósfera, la secretaria lo invitó a pasar.

La entrevista transcurrió en un entorno incómodo. Daniel tenía mucha experiencia, una inteligencia ubicada dentro del promedio-alto de los profesionistas y, sin embargo, su desempeño durante la plática con "El Licenciado" no fluyó como lo esperaba cuando despertó ese día. La sombra de aquella muchacha y, sobre todo, su aroma, seguían impregnados en la mente de Daniel, ofuscándolo a lo largo de la conversación.

Al salir de la oficina, con una sorprendente fuerza de voluntad, siguió de largo sin voltear a verla; pero no pudo evitar percibir su silueta —una nube de humo seductora y cálida— y, en particular, ese olor que lo arrastraba a una especie de muerte intelectual.

Después de algunos trámites que duraron poco más de una semana, Daniel se incorporó a trabajar. Le encargaron muchos asuntos y su tiempo libre era limitado. Cada que resolvía un tema, surgía otro de mayor urgencia. Era un tipo serio y muy involucrado con sus responsabilidades laborales, en consecuencia, no socializaba más de lo necesario. La relación que generaba con sus compañeros se restringía a lo estrictamente institucional.

Como todo oficinista respetable, desayunaba un sándwich con café en algún lugar donde se pudiera ordenar en español y, a media mañana, salía por unos Pingüinos o un Gansito\* para apaciguar el hambre que provoca en todos los godínez la incertidumbre del futuro. Los callejones alrededor de las escuelas y las tienditas próximas a las oficinas son una constante en la geografía urbana.

Todas las secundarias, públicas o privadas, cuentan con un callejón cercano en el que los niños pueden citarse para confirmar su hombría y resarcir el daño moral provocado por las referencias al incesto maternal de las que fueron víctimas en el transcurso de la mañana; y, en el caso de los burócratas, éstos siempre tienen una tiendita que les permite experimentar, aunque sea por unos minutos, la sensación del viento entre sus horas de encierro.

Un día, mientras terminaba un sustancioso informe, el olor que expelía su bolsa de Doritos se mezcló con un aroma más diabólico.

---

\* Conocida como “la dieta de las aves” por muchos godínez.

De inmediato, el perfume de lucifer lo abstraigo y el corazón de Daniel inició un bombeo vertiginoso de sangre. En momentos críticos, la mente trabaja a velocidades irracionales. Pronto se percató de su cercanía. No la había visto desde el día de la entrevista, pero el registro de su olor quedó grabado en algún rincón de su memoria, y unas notas en el aire lo trajeron a su consciencia.

Con torpe discreción, se levantó de su asiento y caminó por los pasillos como buscando algo, un oficio o un lápiz. Sin embargo, su pretensión histriónica cayó en actuación de comedia televisiva: la encontró, súbitamente, caminando hacia él; y la cercanía intensificó el aroma; y el aroma incrementó la ofuscación; y la ofuscación lo hizo parecer estúpido; y lo estúpido evidenció la falsa casualidad que quiso aparentar, pues, tras decir unas palabras temblorosas, sonidos agudos con intermitencias fonéticas, regresó a su lugar sin oficio, sin lápiz y sin inteligencia en su mirada.

Fue comprensiva y no juzgó sus capacidades intelectuales bajo lo sucedido durante ese encuentro. Le dio otra oportunidad de conversación y Daniel, con ciertas dificultades, la aprovechó. Trabajaban en áreas distintas, así que no se veían mucho durante la jornada de labores; sin embargo, cada vez que ella permitía un encuentro en el pasillo o en el elevador, él experimentaba una sensación de desasosiego.

La mirada de Beatriz le parecía un abismo donde su alma podría caer con gran facilidad; y su aroma, ¡oh, su aroma! era un canto de sirenas que no debía escuchar, pues, sabía, no contaba con un mástil al cual amarrarse y, si se dejaba llevar, ese perfume lo conduciría, primero, a un edén falso de pasión y lujuria para, después, canibalizarlo con los colmillos del desamor.

Daniel era consciente de ese riesgo, no obstante, como desde niño lo educaron bajo el estereotipo de que el hombre debe ser valiente y enfrentar los peligros, un día la invitó a una exposición. Fueron al Palacio de Bellas Artes y vieron la obra de René Magritte. Recorrieron varias salas asombrados con las pinturas. Mientras caminaban, rozaban de pronto sus dedos de la mano como un símbolo surrealista de la aproximación espiritual. Beatriz reparó en un cuadro donde una pareja, con los rostros tapados con una tela, expresaba un mar de emociones, y le preguntó qué pensaba que sucedía a nivel emocional en esa escena artística.

Después de que ambos compartieron sus opiniones, Daniel, consternado, se embelesó con la idea de la percepción, cómo los sentidos nos engañan, cómo la subjetividad le da significado a las cosas, y cómo el arte es el instrumento idóneo para obviar esta hipótesis.

Disponían de poco tiempo, pues debían regresar a la oficina, así que salieron rápido. Antes de llegar a avenida Juárez, Daniel se detuvo y frenó a Beatriz con un leve contacto en la cintura. La miró a los ojos sin miedo a perderse en el abismo, la observó con la determinación de iniciar un descenso estrepitoso a través de él. No sabía a dónde iba a llegar, pero tenía la certidumbre de querer recorrer ese camino.

En algunos idiomas existen fonemas que se pueden formar entre dos vocales, *ae*, *ou*, por ejemplo, los cuales, respectivamente, ni son *a* ni *e* ni *o* ni *u*, y que, en esas simbiosis, tienen un significado preciso. Lo mismo sucede cuando las miradas se encuentran, fijándose entre los ojos y los labios y, podría decirse, no están ni en unos ni en otros, sino en esa fusión visual de precisión erótica,

cuyo significado se traduce en una retroalimentación espiritual que puede materializarse a través de la fricción labio lingual.

Daniel, con una torpeza evidente, propia de quien no es un experto en el robo de besos, intentó besar a Beatriz frente al Palacio de Bellas Artes después de apreciar algunos cuadros de René Magritte. Antes de hacerlo, pensó que con sus labios pintaría, dentro de Beatriz, una serie de rostros tapados, rocas, manzanas, sombreros, paraguas, luces y sombras.

Beatriz se dejó llevar por un breve instante, pero, cuando reaccionó, retiró con suavidad a Daniel y, en un ataque de ira, pésimamente actuado, lo golpeó con laxitud mientras le recriminaba su acción con el argumento de, según ella, haber sido premeditado y abusivo. Después lo abrazó y unas lágrimas recorrieron su rostro.

El regreso fue silencioso. Daniel estaba apenado pero confundido; tenía la seguridad de también gustarle, así que no entendía su reacción.

Pasaron tres semanas y Daniel, con el miedo al rechazo concentrado en su garganta, la llamó por teléfono:

—Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—Igual, con mucho trabajo, pero te quería invitar a cenar.

—No puedo.

—¿Por?

—No me da permiso mi mamá.

—Ja, ja, ja, ya, en serio. Vamos a salir.

—No, de verdad. Te lo prometo, no la conoces. Estoy segura de que no quisieras tener problemas con ella.

—Bueno, dile que soy un buen muchacho y te quiero bien, je, je.

—Mmm... no... no hay manera.

Daniel sintió la primera punzada de ese abismo, era la primera estructura de filo irregular con la que se lastimaba en la caída, pero ya había entrado. Insistió:

—Bueno, pues no le pidas permiso. Dile que vas a otro lado y, por mi parte, aseguro no volver a besarte, si es lo que buscas evitar.

—Está bien, pero te prometo que, si lo vuelves a hacer, además de llevarte la cachetada más fuerte que te hayan dado en tu vida, nunca te volveré a dirigir la palabra.

Cenaron en un bar estilo irlandés. Sus piernas mantenían contacto permanente, y Daniel no podía dejar de verle el volumen de sus muslos, ella tenía unas piernas maravillosas, largas, vigorosas. Mientras bebían cervezas fuertes, oscuras y densas, el contacto físico se aproximaba cada vez más. Sus dedos se acariciaban; ella de pronto iniciaba una carcajada que terminaba en un movimiento ágil para recargar la cabeza en el hombro de él; quien, por su parte, le tomaba con firmeza el brazo o la mano, sosteniéndolos por varios segundos.

Beatriz —por fuera un ángel, pero con la maldad arraigada en su interior— vio a Daniel con una lujuria reprimida y lo instó a ordenar absenta, bebida prohibida en Francia en el siglo XIX y conocida como el Demonio Verde. Daniel no sabía lo que era, pero no podía negarse a ese ser con olor a mirra y ajeno.

El mesero trajo dos vasos con un líquido azul y les prendió fuego, y así ellos consumieron llamas azules con luces naranjas.

Dentro de la mente de él había una orgía de dioses griegos. La música, la cerveza, la absenta, los ojos de Beatriz y el contacto con sus piernas le abrían caminos mentales conduciéndolo al vacío de la belleza, forma engañosa de sentir a Dios mediante trucos del demonio.

Siendo la una o dos de la madrugada, Beatriz, con sus labios rosas, húmedos y de líneas perfectas, preguntó a Daniel si recordaba el juego adolescente de anudar el rabito de una cereza con la lengua. Extasiado, le contestó que no. Ella, con sevicia, le comentó que quien lo lograra besaba muy bien y, con una mala intención absoluta, abrió la boca e inició un espectáculo, deteniendo el movimiento cósmico.

El tiempo, ese referente de la eternidad condensada en un instante, es un repositorio de palabras que construyen la realidad; esta última es, a su vez, un fragmento del tiempo constituido por cosas, materiales e inmatrimales, como el ansia de un beso de cereza custodiado por el miedo de perder toda posibilidad de actualizar, en lo material, ese intercambio mágico de almas a través de la confrontación de los labios. Daniel, fuera de sí, no claudicó en su promesa y, aunque fue una invitación muy cruel, no la besó, limitándose a registrar, para siempre, la imagen de ese juego que, al poco tiempo extendió sus horizontes geográficos.

Beatriz dejó ese trabajo y fue a residir a otro país. Daniel, con la opresión del abandono, continuó su vida de godín y, una vez cada minuto, proyecta el juego de la cereza dentro de un espacio donde, a veces, la distancia que lo separa de Beatriz es un referente de kilómetros; en otras ocasiones sólo es un instante que, en cualquier momento, puede transformarse en una aproximación de almas en un contexto donde no existan ni el tiempo ni el espacio.



## Godínez de élite (Ya sabemos dónde están los ninis)

¿Saben ustedes cuál es la diferencia entre llegar al trabajo con un termo de café preparado en casa, o aparecer en la oficina con un vaso *venti* en la mano, comprado en Starbucks?

Según mi amigo de la “isla” número cinco en el piso dos, la diferencia radica en el nivel de influencias. Ariel, encargado de los sistemas de facturación y revisión de pagos en la empresa, suele tener ideas brillantes como bizarras; habla tanto de política y religión como de las novedades de Susana Zavaleta. Siempre tiene una opinión sobre cualquier tema.

Además, es de los que, cuando la quincena cae en viernes, organizan la comida para festejar que todos tendremos dinero ese fin de semana. Se la pasa pidiendo que nadie traiga sus guisados ese día. También es de los que, cuando la conversación futbolera se

interrumpe para preguntar su opinión, siempre sale con otro tema: —de futbol sé muy poco, pero estoy seguro de algo y es de que no equivoqué la profesión. Yo no podría ser dentista, por ejemplo. ¡Se imaginan estar revisando las bocas de mujeres que realizan acciones fálicas y uno, ahí, trabajando! ¡Es asqueroso!— Si había silencio, el mismo se vuelve aún más denso.

Cada mañana arranca sonrisas con comentarios, los cuales no vienen al caso:

—¡Buenos días, Ariel!—. Y responde serio y acelerado —Tu gafete está al revés, Héctor, muestra la foto, ¡siéntete orgulloso de donde trabajas!

Y en otras ocasiones es un *frozen* que congela ambientes:

—¿Ariel, qué opinas de las elecciones?

—¿En serio quieres saber qué opino acerca de los muertos que aparecen siempre, antes y después de las elecciones para que nadie hable sobre el fraude?

O simplemente te deja pensativo:

—¿Comprarás trajes este año, Ariel?

—He decidido invertir en otros dos números de tandas, comprar más tópers, esta vez de vidrio templado, una sombrilla nueva y, quizá, un maletín con una imagen más ejecutiva.

A veces sin preguntarle y al pasar de largo en la fotocopidora, el pasillo, la cafetería, el elevador, las escaleras, los baños, el bebedero, la puerta principal, etcétera, sólo le escuchas rumorear para sí mismo frases como: ¡Deberíamos tener más sexo! ¡Por qué la gente no se organiza! ¡Pinche sistema capitalista! ¡Me iré dormido en el metro! ¡Nos deberían subir el sueldo! ¡Mañana arreglo mis zapatos! ¡Cómo se me antoja ir a un buen restaurante de carnes! ¡Si yo fuera

rico...! ¡Esa Marianita...! ¡Otra vez me llegó cara la luz! ¡Voy a incendiar la oficina del Director! ¡Aquí, a todos les vale madres! ¡No pienso hacer ya nada que no me corresponda! ¡La empresa se está desmoronando! ¡Quién es el proveedor de plumas aquí, carajo!

Sin embargo, ésto que les comento es sólo la superficie, pues, como buen analista de los números, Ariel suele ser profundo y abstracto en situaciones más prolongadas, y perfectamente capaz de argumentar sus impresiones acerca de su mundo.

Fue quien me hizo la pregunta que al inicio les compartí, quien me expresó que, antes de que todo mundo hablara de la generación milenial, los medios tenían fija la mirada en otros grupos denominados tribus urbanas como los emos, los cholos, los gamers, los góticos, los frikis, los nacos, los nerds, los metaleros, los hippies, los hipsters, los fresas, los punks, los raperos, los ñoños, los rastas, los ska, las laydies y los mirreyes, los hackers, los fofisanos y las gordibuenas, los metrosexuales y los todasmías, y demás ejemplares de la decadencia social. Pero los que sí no tienen madre —decía Ariel— son los ninis.

—Esos han venido a hipotecar al país. Se dice que los ninis son esos que ni estudian ni trabajan. Pero su existencia depende de muchos factores. Habrá quienes sean víctimas de las circunstancias de su país, pero hay quienes han optado por este estilo de vida a expensas de la vida acomodada de sus padres, pues no provienen de estratos bajos, sino de clases medias acomodadas y de altas. Ninis que podrían usar el dinero despilfarrado en antros, tecnología y *fashion style* para generarse un negocio o una actividad productiva, pero prefieren conservar su *estatus* de “no hacer nada” a tomar un transporte público o ajustarse a un horario de trabajo.

Y es que de la noche a la mañana se dejó de hablar de ellos, díganme —nos cuestionaba Ariel— ¿Acaso mejoró la situación mundial, las economías se reactivaron generando una sinergia laboral entre los sectores primario, secundario y terciario? ¿Acaso el nivel de desempleo mejoró y se capacitó a tanta, tanta, y tanta gente? ¿Dónde están esos ninis ahora? ¿Por qué nadie más habló de ellos?

—Las empresas siguen siendo las mismas, con irrelevantes números de nuevas marcas o inversiones, y los despidos han estado presentes con la rotación de personal y las cifras del gobierno federal reportan aumentos en su plantilla laboral mientras el salario mínimo lleva años sin recibir un ajuste.

—La pantomima del falso progreso es evidente con obras de poca infraestructura y relevancia, las cuales no generan riqueza. Y ahora nosotros tenemos por jefes a personas que jamás en su vida concluyeron un estudio de licenciatura o maestría, sabemos que visten bien y, por supuesto, nunca de los nunca cometerán la vergüenza de leer los manuales, las políticas, las normas, los procesos y las leyes que rigen su actuar en el que ahora es su trabajo.

—Jefes que no tienen idea alguna de las responsabilidades, ni de las consecuencias que implica un trabajo de su nivel. Ahí los tienen, ahí están los ninis, ocupando puestos gerenciales y directivos sólo porque sus padres tienen los contactos, sólo porque sus padres, temerosos de que los medios de comunicación sacaran a luz la vergüenza de sus hijos, los metieron a trabajar a empresas y al gobierno en puestos claves para generar un excelente currículum.

Recuerdan a Manuel —continuaba hablando Ariel—, nuestro compañero y jefe que tenía toda la experiencia. Quien de su salario pagó su maestría, y generaba un liderazgo resolutivo y conciliador

entre sus subalternos, siempre preocupado por esas situaciones personales y familiares, las cuales a todos nos surgen, pues bien, un día fue informado de que ya no era necesario presentarse al día siguiente. A las dos horas, ya estaban los del área de sistemas respaldando su computadora y le pidieron ir a recursos humanos para ver lo de su liquidación.

—¡Esa fue la reacción que tuvo la empresa por haberse negado a firmar su reducción salarial y aceptar un puesto más bajo! y ahora ¿quién es nuestra jefa...?—, cuestionaba y respondía colérico Ariel —...la hija del dueño de las agencias de los vehículos, los cuales están sobre periférico y que, a modo de coincidencia, es compadre de nuestro director general.

—Así que, ahora, tenemos a una nini que ha cambiado su *estatus* por el de una godín con clase y llega a la oficina con su bebida preparada de té verde, con leche de almendras, dos cargas de matcha, edulcorante light y crema chantilly, mientras se bandea su bolsa Michael Kors en el brazo izquierdo y su arteria carótida se satura con más grasa por consumir una de las bebidas más insanas.

Tan insana como la práctica social de no valorar el talento.

## Aunque el godín se vista de seda, godín se queda (Esencia distraída)

Eliseo Pérez, además de haber sido el jefe, era un tipo de inteligencia aguda que gozaba ejercer el poder otorgado no sólo por su posición estructural sino por propia personalidad. Con una estatura media, no obstante, por su postura troncal daba la impresión, siempre, de ser un hombre alto. La energía de sus órdenes y la seguridad de sus caprichos le agregaban diez años de vida, pero en realidad se trataba de un tipo joven, quien, en los contextos externos a la oficina, se permitía emanar un encanto que contagiaba a sus acompañantes y le acercaba, con extrema facilidad, el favor de las mujeres.

Como cualquier otra manada, el equipo de trabajo de Eliseo se dividía en grupos, según sus aficiones y debilidades. Se aliaban para sobrevivir en ese ambiente de civilización salvaje, oxímoron común en toda organización institucional.

Por un lado, estaban los empleados que llevaban muchos años en ese trabajo, cuyo perfil era solemne, anquilosado y, sobre todo, de una soberbia practicada, perfeccionada por la frustración ocasionada en ciertas personas el crecimiento profesional de sus compañeros.

Para ellos, quienes ingresaron a la institución al tiempo que el licenciado Pérez —algunos incluso antes—, constituía un dolor inconsciente el encontrarse sometidos a las órdenes de Eliseo, a quien consideraban, cuando era su igual, un muchacho irreverente, de una insolencia inherente a los espíritus que nunca se subyugan a los ordenamientos de la costumbre.

Otro grupo era el conformado por chavales de reciente ingreso, jóvenes que estudiaban el último semestre de la universidad o acababan de egresar. Niños que entraban al campo de juego donde se desarrolla la clase media, sector ambivalente de la sociedad que tiene, desde la óptica de los ricos, muy poco, pero, desde la perspectiva de los pobres, posee mucho.

Por su forma de pensar, Eliseo se sentía más cómodo con el segundo grupo. Personalmente reclutó a una camada de muchachos a la que, a su manera, formó en lo profesional.

El licenciado Pérez era un jefe aterrador, con un conocimiento profundo de las normas que regulaban la institución y, además, una sólida formación profesional, producto de una infancia de carencias económicas. Sus conocimientos, su inteligencia y su cargo como director administrativo lo convertían en un sujeto que hacía temblar al más reacio e insolente de los posadolescentes profesionistas los cuales le reportaban; no obstante, también poseía una faceta lúdica, procurándole un carisma que hacía sentir a quienes le rodeaban.

Había leyendas con relación a este último aspecto. Se decía que, a pesar de ser casado, había enamorado a la mitad de las mujeres de su oficina. No sé qué tan ciertas eran estas historias, sin embargo, era evidente que a más de una sonrojaba con sus comentarios directos, soeces, y con los cuales, en formato de una broma, dejaba constancia del código postal del barrio en el que creció.

Así era Eliseo Pérez, hombre que durante años forjó una personalidad vinculada, de manera estrecha, a su ámbito laboral; de esa clase de personas a las cuales es difícil imaginar de paseo dominical, o en una cena de adultos donde los niños se quedan encargados con la abuela. No era el tipo de hombre que se “escapa” un jueves para llevar a su mujer al cine, no, en su iconografía siempre aparecía de traje y corbata, con los zapatos lustrados y un andar solemne hasta la incomodidad por oficinas gubernamentales.

Toda esa infraestructura individual que lo proyectaba como un profesionista de éxito, construida a través de muchos años de amargas carencias y ácidas ambiciones, pareció derrumbarse un día.

El licenciado Pérez llegó a su oficina, como de costumbre, a las nueve y veinte de la mañana; saludó al oficial de seguridad mientras su chofer estacionaba su auto; en el ascensor inhaló el perfume capilar de una secretaria madura y fea, robusta y con un pésimo gusto para vestir, pero él, abstrayéndose de lo visual, se concentró en el aroma y tuvo una ligera erección —se rio de sí mismo, de su virilidad latente y tolerante con la fealdad.

Después, y como todos los días, dio un espacio al placer de la contemplación: observó las espectaculares piernas de una auditora, la cual tenía su lugar de trabajo en la entrada del andador que conducía a su oficina. Eran una maravilla de la arquitectura del cuerpo



humano, largas y vigorosas, morenas, se percibían tersas y tibias; un espléndido desierto de dunas que escondía, en algún lugar de su superficie, un oasis de espuma fresca, dulce y con olor a mirra. No es difícil imaginar que Eliseo había ordenado (después de entrevistarla) asignarle ese lugar.

Dio los buenos días a su secretaria con la sonrisa fatigada de los saludos desgastados y tomó café mientras organizaba la agenda del día. Tenía varias reuniones previstas y, cuando se disponía a estudiar la información necesaria para atenderlas, recibió una llamada directa de su jefe, sin la intermediación de las secretarías.

Durante la conversación no articuló una palabra completa, se limitó a espetar fonemas disformes, embriones de palabras que no veían la luz. Su rostro, temperamental y seguro de sus propios surcos dérmicos, se convirtió, poco a poco, en un pedazo de tela flexible, un lienzo blando en el que se podía dibujar cualquier cosa, una mueca de dolor, una mirada profunda o una sonrisa de mosca.

Después de colgar pasaron algunos segundos —en su mente fueron siglos— en los que su existencia se petrificó. Ni una célula de su cuerpo tuvo actividad durante esa efímera eternidad. Su jefe le había pedido la renuncia. En esos niveles, los motivos suelen ser, en términos generales, irrelevantes.

Eliseo Pérez se sintió víctima de una lacerante injusticia. Los que tomaron la decisión de correrlo —gente que estudió en colegios privados, con posgrados en el extranjero, y creciendo en casas con sirvientes— no sabían quién era en realidad: un joven mexicano de la clase baja criado en una colonia popular donde comer un bistec era un lujo; un niño que sufrió infecciones en la piel ocasionadas por usar, durante meses, calcetines y zapatos rotos; un joven que

toleró recibir de su padre, frente a todos sus compañeros de secundaria, una bofetada recia y humillante por obtener un siete en Química; un muchacho que, de estudiante universitario, para degustar una torta debía elegir entre caminar varios kilómetros o tomar dos camiones a la facultad; y un hombre que, con base en un riguroso esfuerzo personal, había dirigido con eficacia y eficiencia una relevante área en una de las más importantes instituciones del país; un profesional que amaba y dominaba, mejor que cualquier otro, su trabajo.

Cuando pudo controlar nuevamente su cuerpo, una lágrima se liberó para recorrer su mejilla y caer, como un suicida aventándose de lo alto de un edificio, sobre el escritorio de caoba. Todo su acervo intelectual, emocional y genético estaba en caos. Dentro de su mente pasaban imágenes, ideas, frases, recuerdos, construcciones idiomáticas los cuales no podían adquirir concreción, se desvanecían de manera instantánea y sucedían incontrolablemente.

Con inseguridad pidió a su secretaria llamar a Selena, una chica de veintitrés años quien, además de ser una financiera del área de la contraloría, era su amante, un repositorio donde almacenaba, como si fueran un tesoro, los besos y las caricias que resarcían las carencias afectivas de su infancia.

Selena, una criatura pueril disfrazada de mujer, en lo superficial, sus compañeros la consideraban torpe y soberbia, pero, en realidad, se trataba de un alma fresca, la cual adoraba sinceramente a Eliseo. Su escasa experiencia profesional, su limitado acervo intelectual y, particularmente, su posición de “primera dama” en la oficina generaban, de manera inevitable, que los otros godínez la juzgaran con rigor visceral y, por tanto, con poca objetividad.

Ingresó a la oficina de Eliseo con una sonrisa forzada. Sus labios proyectaban una contracción incómoda. Resultaba extraño que no hubiese entrado con la acostumbrada exposición dental. Más bien, su expresión era como si, de alguna forma, hubiera escuchado la llamada y sintiera, por una especie de telepatía, la devastación emocional de Eliseo. La escena denotaba, con absoluta claridad, la palabra compasión.

—Me pidieron la renuncia— dijo con voz entrecortada y la mirada fija en un botón verde en la blusa de Selena.

Ella se limitó a abrazarlo y, en ese momento, Eliseo se sintió como un niño y un cúmulo de emociones contenidas corrió en el cauce de un llanto sonoro, con arcadas rítmicas, amargas, y muchas, muchas, lágrimas.

Se sentía especialmente agobiado por el efecto social de su despido. No le preocupaba el aspecto económico, pues tenía ahorros suficientes para vivir un largo periodo, además, el banco lo indemnizaría con una fuerte suma; sin embargo, el hecho de pedirle que se fuera le parecía una humillación intolerable. Pensaba al despido, es decir, la desvinculación forzada de su empleo, como una enfermedad visible y que la gente sentiría lástima, como si tuviera tiña en el rostro y las personas le quisieran ayudar con unas monedas, sin acercarse mucho a él.

Para un hombre como él, era una situación realmente lamentable. Cuando se retira a un personaje gris de un trabajo, un individuo como cualquier otro, el grupo no se altera y el sujeto en cuestión no recibe miradas ni cuestionamientos. El hombre gris vive en una paz social que le permite actuar sin presión alguna. Pero Eliseo no era así, todo lo contrario y lo sabía: su personalidad y las historias

en torno a él hacían que todos los integrantes del grupo estuvieran atentos al licenciado Pérez, por lo tanto, la noticia de su salida tomaría dimensiones épicas.

Después de platicar por un largo rato con Selena, abandonó su oficina y ordenó a su secretaria tramitar tres días de vacaciones. Tenía dos semanas para preparar su salida. Pensó que necesitaba abstraerse un poco de ese ambiente para elaborar la mejor estrategia, con la finalidad de atenuar el escarnio público que le significaba su retiro obligado.

No informó a su familia la situación. Quería tener claridad de lo que iba a hacer antes de alarmar a su esposa e hija.

Al día siguiente salió de su casa “rumbo a la oficina”. Compró un café y se sentó en la banca de un parque. Estaba admirado de la actividad en la ciudad durante la misma hora que él, desde hacía más de veinte años, se ocultaba, tal vez hasta de sí mismo, dentro de las instalaciones de su trabajo.

Mujeres maduras corriendo solas; abuelas de clase media caminando en grupos; muchachos de edad escolar “volándose” alguna clase; jóvenes de servicio doméstico paseando perros; señores caminando hacia alguna cita de negocios o, simplemente, de amistad; doctores con su bata blanca apurados para visitar a algún enfermo; repartidores de comida en bicicleta o en motocicleta; acompañantes ejecutivas en salones de belleza; albañiles ingiriendo algún refrigerio; amas de casa yendo al supermercado; amantes dirigiéndose a algún hotel; solteronas visitando a sus hermanas; empleados agobiados por llegar a tiempo a sus destinos laborales... en fin, representantes urbanos de la humanidad “viviendo”, día a día, en Ciudad de México.

Al principio se sentía incómodo. Forzado a pensar en términos de formalidad por su perfil académico. En ese contexto reflexionaba que, en unos días, la dependiente de una farmacia económica se encontraría en una posición social superior, la de una empleada, la de una persona con un trabajo. La idea de asumirse como un desempleado se le antojaba insoportable, una tortura psicológica diseñada e implementada contra él en el salvaje entorno de la administración pública. Para Eliseo, quien trabajó durante veinte años ininterrumpidos, quedarse de la noche a la mañana sin trabajo era una circunstancia emocionalmente tormentosa.

Pasaron varias horas en las que el licenciado Pérez, sin fuerza, sentado en una banca de parque, observó el entorno social. Se percató, entonces, que mucha de la gente que pasaba en frente sonreía, algunos, incluso, espetaban, de vez en cuando, alguna carcajada.

La risa, esa especie de llanto que desfigura la expresión facial, le llamaba la atención, como si no entendiera que la gente pudiera ser feliz sin tener un trabajo como el suyo, como si esperara que quienes no fueran a una oficina gubernamental estuvieran condenados a la frustración absoluta. Entonces aguzó su análisis y se dio cuenta de que, estadísticamente, eran más las personas sonrientes que las serias.

Un poco más sereno, empezó a prestar atención a las otras formas de vida: observó las plantas, las hojas de los árboles y los colores de las flores; escuchó el ladrido de los perros y el polifonético trinar de los pájaros.

En fin, hizo un esfuerzo por abstraerse de la situación que lo agobiaba y se concentró en contemplar su entorno con afán estético. Lo consternó el efecto de este ejercicio. De pronto sintió el viento

en su rostro, y fue sensible a la temperatura de su taza de café en las yemas de los dedos. No es que nunca hubiera percibido tales estímulos, sino que nunca había sido consciente de ellos.

Con una perspectiva diferente —la angustia que traía consigo desde la llamada telefónica de su jefe había disminuido considerablemente—, Eliseo pensó cómo tratar el tema con su familia. Le preocupaba más su hija, una niña de quince años con una visión muy distorsionada de la realidad, particularmente en lo referente a cuestiones económicas.

Las personas pertenecientes a familias acaudaladas por generaciones tienen una concepción alterada del dinero. Para ellas, no es un asunto que merezca preocupación, lo han tenido y saben que lo tendrán. Las cosas materiales son, para esta clase de gente, simples accesorios en una vida de lujo, y los cuales pueden conseguir con el dinero que tienen, adornando su rutina de vida.

A los ricos, en el contexto de la superfluidad, les agobian otro tipo de circunstancias como, por ejemplo, su imagen y, particularmente, la consideración que de ésta tienen los demás. Los ricos no sufren por el dinero, sino por procesos mal administrados de autoestima, controlados por estereotipos insuflados por gigabytes de mercadotecnia.

Por el contrario, el dinero es un tirano para la clase media. Las personas pertenecientes a este estrato social saben, como Eliseo, que conseguirlo es muy difícil y perderlo, muy sencillo. Debido a lo cual, para este sector, el dinero —y todas sus representaciones, así como las relaciones que les permite— es una constante de peso dirigiendo todos los actos de su vida; decide, en casi todos los casos, qué música se escucha, qué libros se leen, qué películas se ven.

Dentro de esta clase media existe otro rubro urbano con dimensiones psicológicas muy profundas; uno al que pertenecía Ana, la hija de Eliseo. Dicho apartado social es el de los hijos de los pobres que, por azares del destino, acceden a la clase media.

Niños que padecen secuelas terribles de la pobreza, indigestándolos de trivialidad. Sus padres, en un acto de autocompasión, pretenden borrar de su memoria las carencias de su niñez y, en consecuencia, colman a sus crías de cuanta porquería se proponga como objeto de moda. Les compran todo lo que piden y les permiten satisfacer cualquier capricho, por extravagante que sea.

Las personas desarrolladas en este escenario tienen una propensión inevitable a la insensibilidad. Sus padres se esforzaron por alejar a sus hijos de la pobreza y, cuando crecen, piensan que no existe, pues siempre se la ocultaron. Se trata de los adultos que recriminan a los pobres por serlo, se expresan despectivamente de los campesinos, o de los maestros que se manifiestan contra la complicidad del gobierno para mantenerlos marginados. Esta clase media de segunda generación argumenta, con vehemencia, que los empresarios tienen la bondad de generar empleos, pero no son conscientes —o lo fingen— de que ellos no verían el mundo igual si hubieran crecido con un padre que hubiese tenido el salario, pagado por esos empresarios tan “buenos”, nobles y comprometidos con su sociedad.

Eliseo sabía que Ana pertenecía a este sector. En lo profundo de su intelecto, era consciente de haber participado de manera activa para que su hija viviera en un mundo irreal. No sería fácil hacerla comprender que, por un tiempo indeterminado, tendría que administrar su estilo de vida, es decir, recortar algunos gastos.

Toda esa tarde pensó en la manera de abordar el tema con ella. Mientras caminaba, iba elaborando el discurso que dirigiría a su hija. Había muchos temas involucrados, cada uno de ellos merecía un tratamiento especial y un desahogo a cabalidad. Durante este ejercicio intelectual, recordó una anécdota que le platicó Jesús, un amigo de la maestría: él había estudiado en un seminario para ser sacerdote. Cursó varias materias de filosofía en Guanajuato y, por un golpe de suerte, tuvo la oportunidad de acudir al Vaticano a terminar sus estudios. Un día cruzaba la plaza central de la Universidad Pontificia y se encontró con un cardenal, quien más tarde sería Papa. El cardenal le preguntó a dónde se dirigía y Jesús le contestó que iba a revalidar algunas materias que ya había cursado en México. El futuro Papa le cuestionó cuáles materias eran las que revalidaría y el amigo enumeró cinco o seis asignaturas, entre ellas la de Metafísica.

El cardenal afirmó que, sin lugar a dudas, Metafísica era la asignatura más importante de todas cuantas podía cursar a lo largo de su preparación. Jesús decidió no revalidar esa materia y volver a tomarla allí, en el Vaticano. Al finalizar la primera clase, le platicó a su maestro de Metafísica lo comentado por el cardenal, interrogándole por qué pensaba (su maestro) que el cardenal había efectuado tal afirmación.

El profesor le explicó que la metafísica trataba de lo que va más allá de lo físico, es decir, de la esencia de las cosas, lo que, en términos aristotélicos, las hace ser lo que son y no otra cosa.

—La metafísica— le dijo —nos ayuda a conocernos a nosotros mismos y a nuestros semejantes y, en general, a toda la creación. Estudiarla nos permite entender el mundo y, sobre todo, amar lo que nos rodea, pues sólo se puede amar lo que se conoce, y sólo se conoce algo cuando se comprende su esencia.



Eliseo recordó con nitidez cuando Jesús le platicó su experiencia, y sintió un vacío en el estómago. Escuchó la anécdota, pero no había reflexionado sobre su contenido y, ahora que lo hacía, se percataba de que no conocía casi nada, pues siempre trataba sus asuntos con superficialidad y nunca con la profundidad necesaria para desentrañar su esencia. Entonces se cuestionó quién era él, Eliseo Pérez, cuál era su esencia. ¿Ser un empleado público o ser un profesionista; tener una hermosa casa, coches del año, un sueldo de alto funcionario; usar zapatos y corbatas de marcas de lujo? ¿O es que su esencia se ligaba a lo que dijeran documentos administrativos u oficiales? ¿O si su matrimonio lo definía en esencia? ¿O su relación extramarital con Selena?

Esa noche habló con Ana. Su discurso fue sencillo en la forma, pero abrumador en lo conceptual. La hizo reflexionar sobre las cuestiones accidentales de las cosas, es decir, aquéllas que sólo atañen a aspectos adjetivos como el color, el tamaño y la forma. Le puso los ejemplos de un cuaderno y una taza. Ella se percató de que el primero podía ser azul o rojo, chico, mediano o grande, cuadrado o rectangular, sin dejar de ser un cuaderno; y la segunda, blanca o amarilla, con capacidad de doscientos o de quinientos mililitros, base circular o cuadrada, y seguir existiendo como taza.

Al final de la charla, Eliseo le pidió que pensara, durante la noche, cuáles eran los aspectos accidentales y de esencia de su padre. Le adelantó que, según su reflexión vespertina, su amor por ella era, para él, algo que lo definía y lo diferenciaba de cualquier otra forma de existencia en el universo; por otro lado, su cargo como director administrativo, sus ingresos y sus bienes eran como el espantoso amarillo de su taza de café, una cuestión absolutamente aleatoria e irrelevante para definir su humanidad.

## La vida está llena de aventuras (Galería de rostros godínez)

“¡La vida está llena de aventuras!”. Es la frase favorita de un amigo optimista en el trabajo. Siempre que la escucho no puedo dejar de pensar en silencio, mientras le sonrío: “Sí, cómo no...”.

Basta mirar la galería de rostros en el transporte público para desengañarnos de filosofías baratas y enajenantes. Mientras las masas se encuentran en un curso insaciable de existencialismo y romanticismo, a través de sus celulares, en el que repasan la misma materia una y otra vez con frases como: “El día lo haces tú. ¡Sonríe!”, “compártelo mil veces y recibirás dos mil bendiciones”, “México necesita un abrazo, dátelo tu primero”, “el cambio somos todos”, “no vales la pena, vales todo”, “ni antes ni después, todo llega cuando tiene que llegar”, “felicidad se escribe: estar a tu lado”, “besayúname” (bueno, ésta sí me gustó), “no esperes a que llegue la oportunidad,

levántate y trabaja por ella”, “el éxito llegará porque te lo mereces”, “caerse mil veces y levantarse, en eso consiste la vida”... Frases y frases inundan la valiosa memoria de nuestro celular y, no es broma, tienen más éxito que Beyonce en traje de baño.

En esta época del texteo, todo mundo se ha titulado como *coach* de vida y, sin darnos cuenta, en algún punto de nuestra supervivencia nos estaremos preguntando, con cerveza en mano, quién le dio en la madre a nuestra existencia. Pero, jamás se nos ocurrió pensar que, si dedicáramos todo ese tiempo a una carrera en línea, quizá algo, tal vez algo, mejoraría. Por ejemplo, tendríamos más licenciados trabajando para Uber.

Lo que hace contrapeso en mi trabajo es mi buen amigo del área de mantenimiento, quien, con la sabiduría que le ha dado el tener siempre herramientas en la mano, ha moldeado su mente de forma pragmática y realista. Él no tiene tiempo para andar regalando *likes* a diestra y siniestra. Ni siquiera tiene celular. Muchas veces se acerca temeroso a pedirme, de favor, que le permita hacer una llamada desde mi teléfono de escritorio.

Con él suelo ganar algunos minutos de vida dialogando sobre las verdades ocultas de la empresa: que si fulanito se cortó los dedos y no le dieron indemnización; si la señora de limpieza se desmayó y su servicio médico fue una regañada de su jefe; si las herramientas de trabajo tienen que traerlas ellos; y demás minucias que suelen ignorar el resto de los mortales.

Salió a relucir, en una de estas disertaciones de tintes estoicos, que mi amigochó (el cual se pronuncia todo junto y silbadito al final) tuvo la ingenua ocurrencia de solicitar un aumento. Su jefe, un gerente en turno, y que para fines de la narración le pondré

González, le obsequió una clase magistral de presupuesto, diciéndole que de momento no sería posible, pues había recortes al gasto corriente y, además, no se pueden hacer modificaciones al capítulo mil; más bien, debería de dar gracias a Dios, y a las demás religiones del mundo, por tener trabajo, y, si considera que afuera la vida es más sencilla, podía optar por renunciar... y así siguió esbozando decenas y decenas de estos artículos que nunca he leído en ningún estatuto de empresa, ni en la agenda de la administración pública federal. Mi amigochó (silbadito al final) fue una roca durante ese intrépido combate. Salió del campo de batalla con apenas algunas heridas, las cuales se fueron curando en un par de semanas.

Aproximadamente diez días después, mi amigo guerrero pasó a despedirse. Le habían dado las gracias por haberse quejado con sus compañeros de trabajo de una situación que le parecía extremadamente injusta, entendiendo por injusticia la presencia de un mal que rondaba por el edificio destruyendo el bien de muchos otros. Se trataba de la contratación de una nueva empresa al amparo de diversos artículos de la Ley de Adquisiciones, Arrendamientos y Servicios del Sector Público, la cual, por adjudicación directa, se encargaría de la reparación de un equipo de aire acondicionado ubicado en la azotea del edificio, donde sólo el personal autorizado tiene acceso.

El motivo del enfado fue que dicho equipo no necesitaba reparaciones, pues sólo se encontraba apagado debido a la época invernal. A la renombrada empresa se le pagaría un dineral por hacer nada, ¡ah!, pero en cuanto lleguen los calores del verano, y la máquina deba ser encendida, él, como todo un experto, tendría que subir con herramientas en mano a realizar todos los ajustes necesarios,

justo cuando la garantía de reparación haya vencido. Un auténtico negocio para la empresa de los amigos de González.

Mi amigo decía, con voz calmada y firme, que los equipos no suelen averiarse tanto como las personas que le batallan día con día.

Tal narración llegó a oídos del director general y González emprendía su salida sin regreso el mismo día que mi amigo. Uno salía por la entrada principal caminando y el otro, por la parte trasera y oculta del estacionamiento, en su Audi A3; uno con mochila de trabajo en mano, el otro con gafas de sol en rostro.

Mi amigo se sumaba así a las tortuosas filas del transporte público, siendo su semblante un cuadro más de la inconmensurable exposición humana.

## Una de tantas reuniones (La ética godín)

Jaime estaba emocionalmente aturdido cuando le dijeron que, si hacía bien el trabajo, los proveedores externos le darían tres millones de pesos en efectivo.

Imaginaba todo lo que podría hacer con ese dinero. Al tener una vida austera y provenir de una familia humilde, sus pensamientos oscilaban entre los bienes que podría adquirir y las emociones que provocaría su éxito económico en su madre, hermanos y, sobre todo, en sus vecinos y amistades de infancia.

Las carencias económicas se reflejan, a la primera oportunidad de ascenso social, en la necesidad de proyección presuntuosa. Tal vez por eso algunos autos de lujo se producen en amarillo, rosa y dorado; y, si la necesidad de visibilidad no ha quedado satisfecha,

también se pueden conseguir luces de neón moradas para enmarcar las placas.

Soñaba despierto con el momento en el que, por ejemplo, llegaría a la casa de su madre en un auto convertible —un vehículo grande y ruidoso, con un reflejo cromático visible de noche aún con las luces apagadas—. Disfrutaba imaginarla, con su delantal y sus manos grasosas, con la garganta anegada de un llanto de orgullo y sin poder pronunciar palabras completas, sino sólo rezos ininteligibles de agradecimiento a quién sabe qué santo.

En su mente se enfrentaban la trivialidad con la espiritualidad de un alma primitiva: relojes y reconocimiento social, autos y admiración, trajes y respeto, joyas y envidia.

Mauricio, su jefe, tenía experiencia en la negociación ilegal de contratos públicos. Su nivel de vida superaba, por mucho, los ingresos que recibía por concepto de su sueldo. Era de la clase de persona que pensaba que la audacia para el enriquecimiento era un valor superior al de la justicia y, en consecuencia, cualquier violación a los derechos de un tercero se justificaba si tenía como resultado la obtención de algún beneficio monetario.

Jaime poseía una habilidad especial para elaborar justificaciones de proyectos. Sabía qué palabras utilizar. Mauricio confiaba mucho en él, pues, desde un punto de vista técnico, era pulcro en su trabajo y todo lo que le pedía lo hacía rápido y bien.

La instrucción era muy sencilla, Jaime tenía que justificar, con fundamentos legales (sofismas del discurso burocrático) la necesidad de vender la cartera de créditos hipotecarios a un despacho de renombre nacional y, particularmente, convencer que el precio de la cartera debía ser del quince por ciento de su valor documental.

Parecía un trabajo sencillo. Siete de cada diez créditos estaban vencidos, y la recuperación financiera presentaba, desde hacía más de diez años, una constante disminución, por lo que, resultaba evidente, la mayoría de los créditos eran potencialmente incobrables con los recursos institucionales, así que, con esa operación, el fondo en el cual trabajaba Jaime —un fideicomiso federal— podría obtener de forma inmediata el equivalente al presupuesto asignado en los dos últimos años.

Esa misma tarde puso manos a la obra. Después de seis horas ininterrumpidas de trabajo, tenía toda la información requerida. Estaba mentalmente agotado. Informó a Mauricio que ya contaba con la información necesaria y al día siguiente trabajaría en ella para instrumentar el proyecto.

De camino a casa, en un alto, prestó atención a su vehículo: un coche austero y viejo, con los asientos de una tela de pésima calidad. Entonces, una emoción nueva se apoderó de él, una especie de ambición y soberbia, una felicidad enferma.

La imagen de esa vieja “carcacha” se convirtió —con la magia del anhelo— en un auto potente, con asientos de piel y costuras hechas a mano. Tardó unos instantes en reaccionar cuando la luz verde encendió y recibió algunas palabras insultantes por parte de los automovilistas afectados por su letargo.

Tres millones de pesos en efectivo era una suma que nunca se había imaginado como propia. Con un sueldo de veintidós mil pesos mensuales, le costaba trabajo dimensionar lo que podría hacer con aquella cantidad.

Al llegar a su colonia se sintió superior. Observaba a la gente con cierta petulancia. El dinero prometido lo hacía concebirse como



un visitante de honor en aquel espacio ciudadano fracturado por la pobreza. Sintió una especie de tristeza falsa por la miserable vida que llevaban todas esas personas, quienes, cansadas, caminaban por esas calles llenas de basura y baches, coladeras destapadas y perros callejeros, mendigos y amas de casa con miradas vacías, obreros y niños sin futuro.

Abrió el refrigerador para cenar algo y un golpe de realidad lo sacudió. Había muy pocas opciones y todas lamentables: jamón y queso, ambos rancios, unos trozos de papaya ennegrecida, medio vaso de yogur caducado. Tomó una lata de atún de la alacena y, con un poco de mayonesa y unas galletas saladas, recreó burdamente el mundo *gourmet* con el que tan familiarizado se sentía desde la promesa que le hicieron. La concepción del mundo es tan limitada como la propia experiencia.

Al día siguiente, Jaime llegó a la oficina con gran entusiasmo. Nada lo distrajo durante su jornada matutina. Absorto en su labor, realizó un profundo análisis de la información que tenía, la estructuró con rigor técnico, eligió con minuciosidad cada palabra de la justificación y, al terminarla, acudió con Mauricio para revisarla.

—Excelente, muchacho. Te llamaré Miguel Ramírez, uno de “ellos”, para que le expliques la manera en la que se instrumentará la venta de la cartera. Ponte chingón y no comentes nada de lo de la “lana”, eso lo arreglas conmigo— le dijo su jefe.

Jaime estaba nervioso. Nunca había tenido contacto con personas de “ese nivel”. Sabía que pertenecían a un mundo ajeno, comían en restaurantes que no conocía, vestían ropa de marcas las cuales ni siquiera sabía pronunciar, vacacionaban en lugares que no

podía imaginar, y sus conversaciones familiares distaban mucho de las que sostenía con su madre y sus hermanos.

El señor Ramírez lo citó esa noche; se vieron en un restaurante cuya carta, ostentosa desde su hechura, refería platillos inclasificables en la mente de Jaime. Las opciones estaban escritas en un idioma absolutamente ajeno al español. Trataba de identificar alguna palabra que, por lo menos, le dijera si se trataba de pollo o de carne, de pescado o alguna hierba que conociera, de algo dulce o salado, pero su esfuerzo era en vano.

—Perdone, señor, no entiendo nada de la carta, así que, si no le molesta, pediré lo mismo que usted— dijo Jaime un tanto avergonzado, pero con una sinceridad espontánea, la cual agradó al señor Ramírez, quién soltó una carcajada cómplice diciendo —estos mamones venden la misma comida que en un Sanborns pero, por ponerle estos nombres, le suben tres veces el precio. Vamos a pedir, entonces, unas enchiladas de pollo en salsa verde que aquí se dicen con una palabra que termina en “fuá”, pronunciada con voz gangosa.

Mediante una conversación trivial, Jaime empezó a adquirir confianza y a sentirse cada vez más cómodo. Miguel era un hombre mayor, vulgar pero simpático; un individuo de inteligencia ordinaria que creció en un ambiente propicio para los negocios; ignorante y muy superficial. Jaime se sintió un tanto desilusionado, pues la imagen que tenía de los hombres de negocios era la de tipos de inteligencia profunda y de arrogancia elegante. Nada más alejado de lo que Miguel le presentó en esa cita.

Trataron el tema de manera periférica. Jaime intuyó que el señor Ramírez, consciente de sus limitaciones intelectuales, prefirió no

abordar detalles técnicos y se conformó, únicamente, con la información sobre las fechas en que se irían presentando cada una de las gestiones sustantivas para poder comprar la cartera.

Antes de dormir, Jaime pensó en la cita, en cómo había prejuizado y, particularmente, sobrevalorado la inteligencia de “esa gente”. Recreó fragmentos de la conversación y, poco a poco, armó el esquema del negocio del señor Ramírez y de sus socios. Se dio cuenta de que ellos invertirían en comprar la cartera hipotecaria del fideicomiso al quince por ciento de su valor, para después ejecutar estrategias agresivas de cobro en contra de los beneficiarios de los programas sociales de vivienda quienes habitaban las casas que garantizaban esos créditos. Reflexionó como estas estrategias no las podía llevar a cabo el fideicomiso en el cual trabajaba, por ser un ente gubernamental, pues sería una imprudencia política; sin embargo, esos señores, como particulares, lo podrían hacer sin problema y despojar a miles de familias de sus casas para después vender los inmuebles en su valor real y actualizado. Un enorme negocio que violentaba la razón de ser del fideicomiso y de los programas sociales a través de los que se había procurado, desde hacía más de veinticinco años, la obtención, en propiedad, de casas por parte de familias de escasos recursos.

De pronto, el futuro material proyectado por Jaime se esfumó. Experimentó un sentimiento inefable, una especie de amargura y ansiedad que, primero, lo hacía sentirse bastante estúpido por lo ingenuo al pensar que podía ganar tres millones de pesos de manera tan sencilla y profesional; y segundo, que lo postraba en la frustración de la impotencia de saber que hay gente tan ambiciosa, capaz de enriquecerse de esa forma tan ruin.

Recordó a su tía Nora, quien durante más de treinta años salió de su casa a las cinco y media de la mañana para llegar a tiempo a su trabajo y no le descontaran, con su modesto ingreso educó a dos hijos y ayudó a sus padres y, cuando su marido enfermó, el afrontar los gastos le impidió pagar algunas mensualidades de su hipoteca, desencadenándole hipertensión. Fue imposible que no pasara ella por su mente, privada de agobio por la posibilidad de perder su casa, ese inmueble por el que tantas limitaciones había sufrido y, a lo largo de más de diez años, depositado mensualmente casi el treinta por ciento de su salario. Recordó la cara de la tía Nora cuando, consternada de felicidad, le platicó a su madre que un licenciado —así les dice ese sector social a los abogados— le había ayudado a reestructurar su crédito y —gracias a Dios— no iba a perder su casa, al tiempo que volvió a ver sus piernas llenas de várices y los dignos remiendos de su vestido. Percibió nuevamente el olor acre de su perfume barato y, sobre todo, recordó la raíz de su pelo canoso, manchado por un tinte rancio, signos de una humildad que se niega a despojarse de todo valor superficial.

La imagen de su tía, la cual representaba a las personas que en el esquema de negocio del señor Ramírez podrían perder su vivienda, lo devastaba. Sin embargo, Jaime —quien deseaba satisfacer las expectativas de éxito, principalmente, de su madre, y, aunque no estudió en alguna universidad que le haya prometido convertirse en “alguien en la vida”, anhelaba convertirse en un “licenciado” con toda la iconografía implicada— experimentaba una profunda excitación cuando pensaba en los tres millones de pesos.

Por un lado, la acedia lo invitaba a copular con la vanidad; por otro, sabía que la obtención de ese dinero implicaba el derrumbe

de la estructura axiológica que lo sostenía y, al aceptar ese “trabajo”, la fracturaría de manera irremediable. Sabía que, “si lo hacía”, nunca más podría estar parado como un humano, con los dos pies en la tierra y la mirada en el horizonte; si participaba en el perverso ofrecimiento, caminaría por siempre encorvado, con la vista al piso y sin poder, jamás, modificar a voluntad y de forma natural su sonrisa.

Al otro día volvió a trabajar en el documento. Efectuó algunos cambios que, en la forma, parecían sencillos, pero que, en el fondo, planteaban resultados opuestos a los esperados por aquella gente. ¡Cuánto daño hace una coma en el lugar correcto! ¡Cómo violenta una idea la inclusión de un “no”!

Jaime cometió una falta de lealtad, pero el lector juzgará su gravedad. Sabía que Mauricio no revisaría los cambios, pues su confianza en él era absoluta; estaba seguro de que su jefe enviaría el documento a los miembros del comité técnico de manera automática, sin una segunda revisión, una vez entregado por algún medio electrónico; sabía, también, que Mauricio no preparaba las presentaciones que efectuaba y siempre se limitaba a leer lo dicho en los documentos proyectados. De este modo, no tenía duda de que Mauricio iría a la sesión a leer el proyecto en los términos redactados por él. Bajo estas premisas, Jaime dejó lista la documentación. Se la entregó a su jefe en un dispositivo de memoria electrónica y, nervioso, esperó que el destino continuara su camino con los frenos y estímulos de las acciones; con los vientos y las anclas de la voluntad sujeta a las circunstancias de las “otras” voluntades, terrestres y celestes.

La sesión se llevaría a cabo en un imponente edificio del centro histórico de Ciudad de México. Mauricio llegó temprano al lugar. Su

imagen daba confianza. Olía a una loción cara y su traje, zapatos y corbata eran los de una persona que ha tenido suerte en el mundo. En su interior estaba algo nervioso, pues, si todo salía bien, recibiría cinco millones de pesos. Con cierto cinismo oculto, Mauricio se sentía moralmente complacido al permitir que Jaime recibiera su parte. Una especie de honestidad mal entendida lo hacía sentirse orgulloso de su propia sensatez y generosidad, pues, para él, la justicia era una especie de personaje que podía pertenecer a cualquier grupo, incluso a los que, como él, cometían fraudes contra personas vulnerables.

Mauricio inició la exposición del proyecto y al principio no se percató de los sutiles cambios, pues, en realidad la premisa de la justificación versaba sobre la imposibilidad práctica que tenía el fideicomiso para recuperar la cartera; sin embargo, fue demasiado tarde cuando observó que la solicitud formulada al comité técnico —con la cual todos los miembros estaban complacidos, según lo señalaba su lenguaje corporal— indicaba que se le condonará el ochenta y cinco por ciento de su adeudo a los acreditados del fideicomiso que pagaran el quince por ciento del mismo en una sola exhibición. Esto beneficiaría a miles de familias mexicanas de bajos ingresos que podrían adquirir en propiedad su vivienda y, asimismo, el fideicomiso podría obtener, durante ese ejercicio fiscal, ingresos equivalentes al presupuesto otorgado en los dos últimos años, además de generarse una imagen política altamente positiva al atender, con eficacia, uno de los aspectos de mayor relevancia social: la oportunidad de que las familias con bajos ingresos adquirieran la propiedad de una vivienda.

## Encuentros (Karma godín)

—Señor Salcido, en esta hoja se encuentran señalados los documentos que acabo de recibir para que podamos dar inicio a su trámite. Le pedimos igualmente revisar las políticas y los reglamentos en nuestra página de internet, o seguirnos a través de nuestras redes sociales. ¿Alguna otra duda, señor?

—No, de momento no, ¡muchas gracias!

Evidentemente, la muchacha que me atendió llevaba años entregando la misma información, la misma hojita y, sin duda, su única actualización en décadas había sido enterarse de que la institución ya contaba con redes sociales, aun cuando el plan tarifario de mi celular no las incluía.

Y es que si ser un godín es ya algo arduo, imaginemos lo que aplica para una godín. Sí, una dama quien, además las faenas del

hogar debe lidiar con intrincados enredos familiares, de transporte y dinero. Su vida ya es un tremendo espagueti que debe desenmarañar sin trozar ninguno de los hilos, como para todavía llegar al trabajo y resolver las dudas generadas por el mismo sistema.

Ella, después de recibir y revisar que se cuente con las fotocopias de doce documentos, y cotejarlos con los originales, ni se entera de los procesos que siguen a tardados trámites de escritorio, pues sólo es una trabajadora quien a diario soporta la presión en el metro, famosos contenedores de humanos, donde recibe zarandeadas o tiran su comida, la empujan en exceso, pierde su dinero; le duele la cabeza en el trayecto, se rompe una de sus medias o el maquillaje no le ha dado para contornear bien su rostro. Para ella, cada matiz y cada esfuerzo por llegar a tiempo es una lucha por demostrarse que aún no ha caído lo suficiente y sigue estando mejor que muchas otras personas de la sociedad.

Los jefes de las godínez saben ésto y aprovechan la psicología de choque para restregarles en la cara todas las faltas por las cuales podrían ser despedidas. Y, como equilibrio y conciliación, les festejan el día de la secretaria, de la madre o el 12 de diciembre.

Mujer godín, que en ocasiones sólo encuentra una fuga de su ya tan desgastada esencia en las conversaciones de chat, desconoce la propia página de su empresa, porque el internet está bloqueado y no forma parte del selecto grupo que sí puede consultar el reducido número de sitios autorizados para tal efecto.

La oficina está hecha para trabajar, no para el chacoteo —dicen los jefes—, así, cualquier distracción que ayude a la salud mental debe dejarse para otra ocasión o, en todo caso, comer durante veinte minutos y aprovechar los otros cuarenta para hacer los pagos de luz,



agua, televisión; buscar el regalito de la amiga para su *baby shower* del fin de semana. Y si le ha dado por pagar el regalito con su tarjeta de crédito, más tarde se da cuenta de que recibe cargos indebidos a su cuenta, de este modo, si tenía alguna deuda, ahora debe más y montos mayores.

Por ésto, una godín debe hacer uso de suertes mágicas para encontrar escasos minutos libres, los cuales le permitan verificar, por banca telefónica, qué opciones tiene para recuperar el único dinero que le quedaba de su quincena.

Llama desde su línea celular y la atención más humana que recibe es el saludo de una grabación la cual comienza a dictar el menú advirtiéndole “nuestro menú ha cambiado...”, con opciones de interés sólo para la empresa, pero no para la persona que ha sido víctima de un fraude.

Con la angustia por no saber qué ha pasado con su dinero, pues aún tiene compromisos de pago, fervorosamente vuelve a escuchar el menú completo intentando identificar en cuál de todos los números entraría su petición. Después de tres opciones desafortunadas, parece que ahora sí va en la dirección correcta, pero el *Canon en D*, de Pachelbel, hace fondo a la siguiente amonestación: “Por el momento todos nuestros ejecutivos están ocupados, por favor no cuelgue, su llamada es muy importante para nosotros”.

Media hora más tarde, y sabiendo que su jefe ya ha preguntado cuatro veces por ella, nuestra amiga godín no necesariamente se siente mejor. Está por demás acotar que el amor y la bondad no son algo prioritario para ella en estos momentos, por lo que pedirle sonreír sería demasiado. Finalmente, le responde un joven que se identifica con su nombre y, justo cuando lo pronuncia, no se entiende qué dijo.

Comienzan entonces los interrogatorios de seguridad y le pregunta acerca de si ya cuenta con su clave personalizada, pues con ella es mucho más fácil realizar cualquier trámite ante la banca. La chica, en su dolor, está a nada de ser promovida a la beatificación por la heroica vivencia de la virtud de la paciencia. Casi hora y media de agonía continua dio por fruto un número de folio, garantizándole que, tras noventa días naturales de espera, podrá volver a llamar para saber el *estatus* de su reclamación.

Mientras tanto, el chico que la atendió tiene que esperar a terminar su turno de la mañana y correr a su universidad para validar los requisitos de titulación. Llega con escasos minutos al área de cajas y atención estudiantil. Le entregan turno. Por delante hay otros veinticinco estudiantes esperando para diversos trámites entre caja de pago y servicios escolares. El personal de la universidad hace evidente el letargo de las horas de trabajo. La tensión en aquel espacio comienza a percibirse. El joven estudiante, hasta hace unos minutos godín, sigue controlando el color de su aura para no desesperarse. Una hora y veinte minutos más tarde es recibido por el encargado de trámites de títulos, el cual le da el listado de todo lo que debe traer y de la cantidad sumamente elevada que involucra titularse. El joven atendido por su homólogo godín de la universidad no puede sino quedar pasmado al saber que su título tardará un año en estar listo, pues resulta que para las universidades es más conveniente ingresar la mayor cantidad en una sola ocasión, así los retienen por seis meses aproximadamente antes de llevarlos a gestionar ante las dependencias de gobierno durante otros seis meses.

Para ese entonces cualquier cosa pudo haber sucedido, perdiste la oportunidad de una beca, tuviste que irte del país como jornalero

a los campos de naranja en la Florida, fuiste despedido de tu empleo, embarazaste a la novia... y todo por la burocracia en la cual nos obligan a participar.

Y digo que nos obligan porque también me incluyo.

¿Que por qué me incluyo? Pues, porque yo... soy el señor Salcido.

## El festejo (Patología godín)

Para Ramón, los festejos eran siempre patéticos, particularmente los cumpleaños. Desde niño consideró absurda la relevancia social dada a ciertas fechas sólo por el hecho de que en ellas hayan sucedido acontecimientos de alguna trascendencia.

Tenía recuerdos amargos donde era el centro de atención de tíos y primos, mientras estaba frente a un pastel, terriblemente dulce, adornado con unas espantosas velas de colores, siete u ocho, con la mirada fija en el nudo de uno de los setenta y siete globos pegados con energía estática en la pared, escuchando unos berridos que intentaban armonizar una canción cuya difusión debiera constituir, según Ramón, un tipo penal. Para él, los globos, las serpentinas y la música alegre son cosas que violentan, de manera casi fulminante, cualquier intento por mantener una sensata cordura intelectual.

La última tentativa de festejo de cumpleaños que tuvo fue en su noveno aniversario de vida. Antes de la llegada de los invitados, reventó todos los globos, quemó las serpentinas y derramó el pastel en la sala. Su madre, consternada hasta la convulsión, soltó un frenético llanto y les llamó a todos sus hermanos y amigos para cancelar la fiesta. Lo llevó a que le practicaran varios estudios, encefalogramas y ese tipo de cosas, y también lo obligó a platicar, por varias sesiones, con una psicóloga.

Su madre tenía la culpa, decía, pues desde dos meses antes de su cumpleaños le había manifestado, con toda claridad, no querer fiesta alguna, que no le caían bien sus primos, ni sus tíos, ni los amigos de ella, ni los hijos de éstos; que odiaba el pastel, aborrecía la música que se tocaba en ese tipo de eventos y, sobre todo, le incomodaba estar frente al pastel mientras todos cantaban algo horrible, fonéticamente distorsionado, aguardando que apagara las velitas de un soplido.

Ella no entendía sus razones. Su madre creció en una familia humilde y sus padres —los abuelos de Ramón— nunca le pudieron hacer una fiesta de cumpleaños, por lo que ella veía la oportunidad de vivirlas en las fiestas de su hijo.

Durante muchos años, Ramón se olvidó de las celebraciones. Su visceral reacción infantil trascendió tiempo y espacio y, afortunadamente para él, la gente dejó de felicitarlo.

Con motivo de una personalidad introvertida y la propensión a buscar entretenimientos y placeres austeros, Ramón estudió una maestría en Matemáticas y, después, un doctorado en Finanzas Públicas. Se formó como un experto en análisis de riesgos, por tanto, en un godín con cierta jerarquía intelectual. Hay profesiones

que dan a las personas, sin importar su nivel jerárquico, una dignidad laboral.

No es lo mismo ser un “inge”, un “lic”, o un “conta”, aunque se tenga nivel directivo, a ser un matemático, un físico o un actuario, aunque sólo se ocupe una plaza de enlace.

Le gustaba su trabajo, entre otras razones, porque sus principales compañeros eran números que departían dentro de hojas de Excel y no tenían motivos para convidar un pastel o para, ¡horror al crimen!, cantar *Las mañanitas*.

Un cambio en la administración trajo gente nueva y, por tanto, modificaciones no sólo en la estructura, sino también en los hábitos triviales como: los minutos de tolerancia, el código de vestimenta, la permisión de vendimias y tandas, el decorado de las “caballerizas” y sí, lamentablemente, la celebración de los cumpleaños.

Ramón fue respetado en su puesto, pues de inmediato “los nuevos” lo identificaron como alguien profesionalmente valioso y barato en términos de tabulador, pero tuvo que adaptarse a la idiosincrasia del renovado capital humano.

Laura era la nueva secretaria del director adjunto. Su lugar de trabajo estaba a unos metros del de Ramón, así escuchaba, aun en contra de su voluntad, la música que ella ponía desde las nueve y diez de la mañana hasta las seis de la tarde. Diario transitaba de la insufrible música vernácula a la monotonía demencial del pop de los ochenta; primero las voces cavernosas de un machismo hidratado con tequila, y después los tonos estridentes de posadolescentes cretinas.

A veces, esta música lo ofuscaba tanto que Ramón prefería escuchar, a través de unos audífonos prestados por Jorge, su compañero

de enfrente, el himno nacional cantado por el Coque Muñiz. En otras ocasiones, la situación no era tan negativa, pues, de pronto, los desgarradores gritos pseudometaleros de Amanda Miguel lo sorprendían en su letargo y le permitían mantenerse despierto ante los trabajos monótonos o poco relevantes.

Miguel era el nuevo gerente de mercadotecnia y su oficina estaba atrás del espacio laboral de Ramón. Era un joven que platicaba de forma escandalosa y sus conversaciones versaban, la mayoría de las veces, sobre noticias de personas del medio artístico, cantantes y actores principalmente. Tal vacuidad consternaba a Ramón hasta la hilaridad. No le molestaba la presencia de Miguel, pero lo incomodaba no poder explotar en una carcajada ante tal proyección de identidad.

Estos nuevos personajes cambiaron el entorno y obligaron a Ramón a realizar un ejercicio riguroso y serio de tolerancia.

Y ahí estaba, treinta años después de su trágico cumpleaños o, mejor dicho, de su no lograda fiesta, con el mismo sentimiento. Los festejos le seguían causando aversión y, en especial, los gestos dentro de las oficinas.

Para Ramón, sólo había algo más sórdido que un espacio laboral, y era un espacio laboral adornado con globos y confeti. Los letreros de “felicidades” escritos con letras de colores pastel —pensaba— son un arma de impacto expansivo que puede lesionar el buen gusto y el sentido de la importancia estética de la sobriedad.

Existe una distancia intelectual muy corta entre quienes gustan de los adornos cumpleañoseros y quienes tapizan con peluche la parte superior del tablero de su coche; Laura, la nueva secretaria del director adjunto, tenía el tablero de su coche forrado con una tela

suave amarilla, y realmente disfrutaba decorar los lugares de sus compañeros para festejar sus cumpleaños.

Ramón presenció, atónito, cuando Laura aprovechó que Miguel había salido temprano para adornar el lugar de éste con la finalidad de, al día siguiente que era su cumpleaños, lo recibiera un espacio impenetrable, cercado por tiras de papel, globos, figuras de pastel y gorritos multicolores. Ramón, con complicaciones en el habla, le preguntó a Clementina sobre lo que estaba haciendo Laura, quien, con una risa perspicaz, le dijo que Laura era la encargada de la decoración para esas celebraciones; que el director adjunto le había encargado, desde el trabajo anterior, no dejara de festejar a nadie, pues para él era muy importante la convivencia estrecha entre los compañeros de trabajo, y festejar el cumpleaños de todos era una forma de hacer sentir a cada uno parte del equipo, miembro importante y reconocido del mismo.

Ramón intentó poner esta explicación dentro de un modelo aristotélico pero fracasó. No encontró la lógica de este criterio de liderazgo y lo atrapó un fuerte sentimiento de pánico.

Faltaba una semana y media para su cumpleaños y Ramón no dejaba de pensar en su lugar de trabajo con globos. Tres días antes tuvo una pesadilla en la que su jefe, representado en el contexto etéreo por uno de sus primos mayores, lo obligaba a comer tres rebanadas de un pastel relleno de hígados de pollo, y su madre, en el sueño era la secretaria, le cantaba, en vez de las mañanitas, una canción de Camilo Sesto con alusiones que, en tal contexto, resultaban un tanto edípicas.

Cuando el relleno del pastel se combinaba con el exceso de lo suficientemente repulsivo para que Ramón despertara con una



acidez bucofaríngea, obligándolo a acudir de inmediato, con sonoras arcadas, a intentar vomitar en el baño.

Ese mismo día, lo primero que hizo al llegar a la oficina fue pedirle a Laura un espacio para platicar con el jefe, el director adjunto, de un asunto personal; Laura, después de revisar la agenda, le dijo que lo podía recibir a las nueve cuarenta y cinco, advirtiéndole que sólo tendría diez minutos, pues a partir de las diez estaría todo el día ocupado.

Ramón, visiblemente nervioso, entró a la oficina del jefe, quien lo invitó a sentarse con amabilidad. Era un tipo sencillo, lo que ayudó a relajarse un poco sin perder el agobio que tenía. Sabía que contaba con poco tiempo así que, sin más, dijo —licenciado, no quiero que festejen mi cumpleaños.

El director adjunto, sorprendido y un poco sin entender a fondo a qué se refería Ramón, lo miró a los ojos pidiéndole más detalles. Continuó —sé que a usted le gusta que festejen a todos sus subordinados en sus cumpleaños, se les adorne su lugar, les compren pastel y canten *Las mañanitas*, pero eso a mí no me gusta y no quiero que lo hagan en el mío, el cual es mañana.

La voz de Ramón era lamentable, ridícula, y las últimas sílabas de cada palabra decaían en tonos agudos, como las de un niño en pubertad. Su frente estaba empapada en sudor. El jefe, al percibir tal agobio, con ternura contenida le dijo que no se preocupara, él respetaba esa postura y daría instrucciones a Laura para abstenerse de organizar su festejo.

El día de su cumpleaños Ramón estaba tranquilo, seguro de que su estabilidad emocional no se pondría en riesgo; sin embargo, poco antes de que el director adjunto saliera de la oficina para dar la

orden, recibió una llamada urgente del director general donde le pidió acompañarlo a una reunión, y tuvo que salir más acelerado que un godín queriendo alcanzar el transporte público, por tanto, olvidó dar la orden prometida.

Cuando Ramón llegó al trabajo, su rostro lo decía todo. Se sintió otra vez, como un niño de nueve años frente a un pastel repulsivo, rodeado de adornos de colores espantosos.

## Ausencia laboral (Godín en apuros)

Las pandemias godínez van más allá del típico “mal del puerco”. Después de una torta cubana con refresco, la naturaleza te pide imitar uno de los hábitos de este animal, el cual es de los seres más inteligentes.

Homero Simpson lo sabía, por algo estamos a punto de lograr que este personaje se considere nuestro patrono godín. En él se encarnan, de forma heroica, las batallas y sufrimientos, fruto de nuestra silente, expuesta y sacrificada vida en la oficina.

Pero no es para alarmarnos, afortunadamente todo colega de batallas cuenta con un botiquín de primeros auxilios y, con toda seguridad, una aspirina es encontrada en el sesenta y cinco por ciento de los cajones godínez.

Nunca falta el incisivo dolor de cabeza o de estómago, por lo que en la vida godín siempre está presente la búsqueda incansable de una Buscapina, un diclofenaco o del ibuprofeno; o, por supuesto, de algunos de los básicos de la salud como el Alka-Seltzer, el sal de uvas y el Pepto-Bismol, los cuales ocupan los primerísimos lugares dentro del *top ten* de productos milagro.

No sólo estos males aquejan a tan valiosos elementos del insigne cuerpo laboral de nuestras afamadas empresas. Existen muchos más, y el promedio de la población asalariada ha desarrollado anticuerpos ante la mayoría.

Fabián, un guerrero de batallas varias y colaborador en el área de ventas, se reportó enfermo. Sabíamos que sufría de la fase dos de gravedad godín, la terrible colitis, causada por el estrés y los malos hábitos alimenticios. Era de los superfans de asistir a reuniones, porque en ellas se ahorra el desayuno comiendo las galletas con café que servían para los asistentes. Pero no, esta vez no fue esa la razón y el motivo de su ausencia.

Pregunté a la doctora de servicios médicos si sabía algo acerca de mi compañero y su estado de salud. Me refirió, en absoluto secreto profesional, que no sabía nada, apenas se dejó auscultar la parte izquierda del abdomen. El diagnóstico: una inflamación abdominal por colitis y gases.

Sin embargo, las versiones en radio pasillo eran de otro tipo. Las fantasmagóricas voces de gente detrás, en discretos espacios de trabajo, cuchicheaban:

—¿Supieron lo que le pasó a Fabián?

—Sí, ¡qué asco!

—Yo no, ¿qué pasó...?

Y así surgía el misterio del ahora personaje con fama mayor.

Entré en mi cubículo de trabajo con una y mil interrogantes sobre los eventos que, al parecer, sólo yo desconocía. Pero no quería formar parte del chismerío de barrio laboral. Mi grado de licenciatura, el taller de liderazgo y de las 5S me exigían acudir directo a las fuentes, llevándome a esperar con ansias locas a que fuera el mismo Fabián, en sus carnes, quien me lo contara.

Una de las versiones afirmaba que Fabián había sido enviado al Torito y su estado etílico le impidió presentarse en la oficina. Otra de las chicas comentó que policías de Coyoacán lo habían descubierto teniendo sexo oral con su novia en el coche y la misma novia se puso del lado de los policías, dándoles la razón, lo que desencadenó un estado depresivo en Fabián, motivo por el cual no se presentó en la oficina. Uno más comentó que se encontraba de vacaciones y pronto regresaría. Hubo incluso quien se atrevió a confirmar su muerte, argumentando que en la funeraria donde cremaron a su abuela la noche anterior, estaban velando a un tal Fabián.

Ante tales hechos, insistía en seguir marcando al número celular, esta vez ya no me importaba el tema laboral ni los datos que necesitaba. Lo que me corrompía y me traía tomando café tras café era el morbo de saber qué había pasado. Fue una noche de angustiante espera, solamente confortada por los capítulos de la serie *Game of Thrones*.

Al día siguiente, Fabián estaba en su espacio de trabajo y la gente al alrededor en sepulcral silencio.

—Fabián... ¿Todo bien? —le pregunté.

Con raros balbuceos y señas de sus manos, enfatizó que me contaría más tarde. Dos horas después salimos a fumar un cigarro, y la verdad fue revelada detalle a detalle.

Mi amigo Fabián salió con una compañera de la oficina. Era la chica a la que le había estado hablando por casi año y medio y, por fin, tuvo una cita. Le encantaba, le fascinaba, le hacía soñar, lo motivaba como chiquillo de secundaria y era su motor e incentivo para llegar temprano, comprarle todas las mañanas de viernes su atole de guayaba y dejárselo sorpresivamente al lado del teclado.

La euforia y el estrés por no echar a perder esa primera cita lo llenaron de una angustia y terror. Sudaba excesivamente, olvidaba preparativos para ese día, le atemorizaba que no estuviera abierto el restaurante al cual quería llevarla, no sabía siquiera cómo se darían las cosas pero deseaba besarla. Esto no podía salir mal.

Con anticipación, elaboró una hoja con su *checklist* de cosas mega planeadas a considerar. La cita se dio sin mayores contratiempos y, finalmente, decidieron ir a la casa de ella. El temor anidado de tiempo atrás es el peor colega para un godín enamorado.

Las reacciones fisiológicas no se hicieron esperar y Fabián sintió cómo en su interior se libraba una intensa batalla entre sus intestinos. Seguía con fortaleza mental procurando eliminar todo rastro de malestar. Hubo la copita, después los cacahuates e, inesperadamente, ella se anticipó a un sorpresivo beso. Fabián, del impacto, casi deja de custodiar sus defensas y estuvo a nada de hacer que flaqueara el centro más débil de su retaguardia.

Percibió cierta reacción nerviosa y se sintió mal considerando que, posiblemente, Fabián la estaría juzgando como a una chica fácil, por lo que ahora ella era quien se retraía. Surgió un contra ataque

estratégico que surtió efecto y Fabián reviró con un nuevo beso ahora al estilo francés.

Ya emocionados los ánimos y con un esfuerzo especial por parte de nuestro personaje, ella lo fue guiando hacia la cama. Con toda la pena, Fabián se vio obligado a solicitar acceso a uno de los refugios preferidos de las mujeres, el sanitario. Al parecer, ese momento introspectivo ayudó a liberar presión.

Cuando regresó a la habitación, la dama se encontraba en ropa interior y a él le reiniciaba la incomodidad; por supuesto, cuando ella le pidió colocarse el preservativo el problema se agravó aún más con la falta de erección.

Mi amigo Fabián estaba lo que le sigue de apenado, avergonzado, frustrado, nervioso, estresado, enojado, triste, y pleno de deseos de llorar.

Tuvieron que vestirse. Ella lo acercó hasta una estación del metro. A pocas cuadras, Fabián ya no podía más con uno de sus gases y en su pensamiento sólo estaba viva la idea de un plan para dejar escapar ese pequeño aire sin que se escuchara y oliera.

Sus cálculos le indicaban que el asiento estaba fabricado con espuma y telas, los cuales absorberían sin esfuerzo aquel soplo interno. Así, fue tomando lentamente postura, inclinándose con discreción y ejerciendo presión sus nalgas hacia el asiento para dirigir la flatulencia. La tragedia no pudo ser mayor cuando mi amigo sintió un rico calorcito en todas sus posaderas, pues aquella ventosidad había salido acompañada de un fétido olor y una viscosidad tan acuosa, la cual no sólo en el pantalón, sino todo el asiento, comenzó a chorrear...

Mi cigarro se consumió habiéndole dado sólo un par de fumadas. Mi rostro no podía con tantas imágenes que cruzaban por mi cabeza. Sentí pena por mi amigo. Fabián era ahora la imagen reluciente de un godín fracasado en el amor y con una autoestima por los suelos.

Todo sucedió el viernes, así que aún no sé la razón por la que mi amigo faltó en lunes. Y en realidad, creo que a estas alturas ya no importa.



## Nuestro idioma (Futuras generaciones godínez)

Cuando *María Fernanda, mi hija mayor*, acudía al preescolar —no sé por qué le dicen así, si en realidad se trata de una escuela, y no de algo anterior o previo— me llamaba la atención el entusiasmo con el que preparaba los enseres que utilizaba.

Cada noche dejaba su bata para la clase de pintura, los estuches con colores, los lápices y las gomas perfectamente ordenados para el día siguiente. Le gustaba que su mamá le tuviera los zapatos lustrosos o, en su caso, los tenis blancos muy limpios. En general, *María Fernanda* disfrutaba profundamente estar al pendiente de todas esas tareas inherentes a los preparativos para ir al jardín de niños.

Por las noches, al regresar del trabajo, trataba de involucrarme con ella en su mundo pueril y platicábamos sobre cómo había

transcurrido su día. Ordinariamente me contaba que Alex, después de embarrar un moco o de verter su licuado de chocolate con plátano en la mochila de algún compañero, le había hecho algún comentario poco amable sobre sus lentes o acerca del desproporcionado crecimiento que a esa edad tenían sus orejas. Yo, un tanto ofuscado, le daba consejos sobre cómo inutilizar, con pocos recursos físicos, la boca de un niño de cuatro años y, por supuesto, siempre concluía con alguna reflexión pseudofilosófica relativa a la nimiedad de los factores externos o accidentales, como puede ser la apariencia física de las personas con relación a su valor intrínseco, dado por sus cualidades intelectuales y espirituales.

Ella sonreía de manera soberbia y, después de sentirse superior, me daba un beso y me pedía dejarla dormir.

—Papá, dice la *miss* que necesita hablar con ustedes, contigo y con mi mamá— me dijo un día. Consternado, giré la vista hacia María José para saber si se sentía igual de confundida. —¡Claro, mi amor! ya leí el recado que envió tu *miss*, y ahí estaremos tu papá y yo— aseveró su mamá.

Después de leer el recado, mi reacción fue visceral, pues me sentí traicionado y estúpido. Parecía ser el único cretino que no entendía el lenguaje de la escuela de mi hija. Cuando platicábamos sobre su día, le preguntaba constantemente acerca de su maestra y respondía con naturalidad detallando lo que les decía o hacía; así, ahora, al ver la firma —un garabato ilegible sobre un texto que decía “*miss* Sally Astorga”— colapsé en vergüenza e indignación.

Acorde con mi formación, transcurrida desde el preescolar hasta la universidad en instituciones públicas, las maestras y los profesores son figuras merecedoras de nuestra absoluta consideración,

por lo que llamarles *miss* o *teacher* constituía, desde mi óptica, una cabal falta de respeto; lo percibía como una forma de confianza, por ejemplo, como cuando mis amigos me llaman Deivid, y en el caso de las relaciones entre maestros y alumnos no debe tolerarse.

—No quiero que te vuelvas a dirigir a la maestra Azalea como *miss Sally*, ¿me entendiste, María Fernanda?— le ordené. Mi esposa y ella se volteaban a ver nerviosas y, ahora lo acepto, tal vez un poco burlonas porque no entendían el motivo de mi enojo.

Con una sabiduría femenina ancestral, mi esposa esperó hasta el día siguiente para explicarme las cosas. Estudió en escuelas privadas y comprendía perfectamente el contexto. Me sentí incómodo al principio, pero más tarde aprendí que el modelo educativo por el cual se paga tanto dinero en esa clase de colegios es bilingüe y, en consecuencia, el idioma inglés está presente en todos los contextos de la escuela, deportivos y académicos, administrativos y sociales.

Poco a poco me percaté de que no les dejaban tarea, sino *homework*, de que no tenían festivales, sino *assemblies*, y en éstas no cantaban, como yo, las vernáculos mañanitas, sino un excéntrico repertorio musical de los más lesivos exponentes de la música pop.

En fin, con el paso del tiempo pude observar que el secreto lucrativo de la educación privada es acordar con los padres un modelo donde la escuela fomenta la identificación de los niños con los “chicos” y las “chicas” “populares” de las series de televisión, mientras los padres pagan, mensualmente, cantidades exorbitantes de dinero para adherir, sólidamente, esa idiosincrasia en la psique de los educandos mediante programas como *Leader in Me*. El elemento mágico de este esquema comercial, los polvos que

hacen volar a la alfombra, es la promesa del éxito profesional en perfecta armonía con la esperanza y la ingenuidad de los padres, quienes piensan que este tipo de educación salvará a sus hijos del mundo godín.

Como metodología para la enseñanza de un idioma, me parece acertado que, desde el *kínder* hasta la preparatoria, bombardeen a los niños con términos del idioma en cuestión. Algunas corrientes cognitivas afirman que es el método más certero en el proceso enseñanza-aprendizaje. Considero más eficiente, en lo personal, el conocido por nuestras abuelas como la fórmula de “la letra con sangre entra”, sin embargo, se debe aceptar que los tiempos han cambiado y el terror a las cárceles bien vale nuestra paciencia como educadores.

Lamentablemente, la inercia de los criterios metodológicos en la educación privada ha trascendido hasta contextos inimaginables, y desde una perspectiva lógica, desproporcionados. En el gobierno federal existen vastos ejemplos. Dentro de mi trabajo, una oficina gubernamental, tenemos una *Project Management Office* en lugar de una oficina para la administración de proyectos, lo que no me sorprende cuando recuerdo que mi hija tenía una *miss* en el jardín de niños en vez de una maestra; realizamos unos RFP (*Request for Proposals*) en sustitución de las solicitudes de cotización, lo que me parece en cierto sentido obvio cuando pienso que a María Fernanda le dejaban *homework* y no tarea; acudimos a *Workshops* en lugar de a sesiones de capacitación; establecemos *deathlines* en vez de fechas de término para el cumplimiento de ciertos compromisos; planeamos actividades a través de *roadmaps* en lugar de utilizar cronogramas; implementamos programas para el desarrollo de

*skills* en vez de establecer cursos de profesionalización, etcétera. En general, en inglés comunicamos muchas cosas de gran relevancia para el país, cuando, desde mi perspectiva, las podríamos nombrar en español.

El español es una lengua con enorme riqueza de recursos gramaticales, flexible y adaptable en cualquier contexto, científico o filosófico, administrativo o coloquial, técnico o poético, por lo que resulta injustificado e inadmisibles mermarla con voces anglosajonas, las cuales, muchas veces, ni siquiera son suficientes para abarcar la idea que queremos transmitir o, incluso, confunden a los involucrados en su uso, ya sea emisores o receptores.

Con relación a los problemas de comunicación provocados por la convergencia de dos lenguas, cuenta Sir Arthur Bernard Shaw, durante la época en la que Francia e Inglaterra disputaban el dominio de tierras en África, ambas naciones utilizaban alianzas con pueblos aborígenes del continente negro para consolidar su preeminencia en la lucha. En una ocasión, el jefe del ejército británico ordenó, (como parte de su estrategia) desarmar a uno de los pueblos dominados por Francia, pues tenía conocimiento de que almacenaba un importante arsenal. Después de dos semanas, durante las cuales el inocente ejército local actuó para cumplir la encomienda, regresó con costales llenos de brazos ensangrentados. Evidentemente, el término *disarm* no fue correctamente entendido.

Con independencia del cruel humor que se desprende del relato anterior, utilizar anglicismos dentro del lenguaje oficial de la administración pública es colocar ladrillos en una torre de Babel al interior de los cimientos del servicio público y, en consecuencia,

potenciar que los proyectos institucionales sean abandonados con motivo de fracturas en la comunicación.

No obstante, el inglés es, indiscutiblemente, un idioma universal, una herramienta de comunicación para establecer y consolidar relaciones con quienes no hablan nuestra lengua materna. Pienso que su uso debe circunscribirse a ese contexto y no trascender a documentos oficiales de las instituciones.

Para concluir esta breve apología a nuestro idioma, la cual pretende mover a la reflexión y privilegiarlo respecto a cualquier contaminante lingüístico, cito al maravilloso poeta León Felipe, quien dijo “porque queremos seguir soñando como el Quijote, por eso vamos a hablar nuestro español, el fecundo y florecido que nos legó Sor Juana; el de la calle y coloquial de millones de latinoamericanos anónimos que cantan, conversan, discuten o vociferan, inventan palabras en la lengua de nuestro mestizaje; vamos a hablar tan alto, agudo, estridente como se requiera o tan quieto, pausado y suave como se necesite”.

## Índice

- 8    Preámbulo Godín (*Salaryman*)
- 10   Introducción
- 12   El arte de sobrevivir (*De quincena en quincena*)
- 17   Demonios internos (*El amor distante*)
- 25   Godínez de élite (*Ya sabemos dónde están los ninis*)
- 30   Aunque el godín se vista de seda, godín se queda  
      (*Esencia distraída*)

- 42 La vida está llena de aventuras (*Galería de rostros godínez*)
- 46 Una de tantas reuniones (*La ética godín*)
- 55 Encuentros (*Karma godín*)
- 60 El festejo (*Patología godín*)
- 67 Ausencia laboral (*Godín en apuros*)
- 73 Nuestro idioma (*Futuras generaciones godínez*)





*Anecdotario godín.*

*El arte de ver, escuchar y callar, de*

David Rodrigo Arellano Zubieta y Jorge Gabino Soria Narváz, se terminó de editar en mayo de 2024. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora Pampa Type. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Diseño y formación: José Martínez Macedo. Cuidado de la edición: Enrique Ricardo Garrido Jiménez, Laura Hernández Esquivel y los autores.

Fotografía: del autor



DAVID RODRIGO ARELLANO ZUBIETA (Ciudad de México, 1977) es abogado y servidor público desde hace más de veinte años. Además de diversos artículos sobre las mujeres en el ámbito literario, publicados en el *Boletín de Igualdad de Género* de la Secretaría de Finanzas del gobierno mexiquense, en 2022, Thyso Editorial le publicó la novela irónica *La respiración del diablo*. En su creación no deja de buscar, mediante sus personajes, la maravillosa experiencia de yacer en este mundo colmado de contradicciones que equilibran el espíritu humano.

Fotografía: del autor



JORGE GABINO SORIA NARVÁEZ (Guanajuato, 1977) estudió Humanidades Clásicas en España, Filosofía en Italia, Comunicación en la Universidad del Valle de México y Cinematografía en la Universidad del Cine de la Asociación Mexicana de Cineastas Independientes; actualmente cursa un posgrado en Innovación Empresarial. Cuenta con experiencia directiva, administrativa y de gestión en el ámbito gubernamental y privado. Desde 2019 es director del área de Investigación y Estrategias de Profesionalización en el Instituto de la Oficialía Mayor.

Obra de portada:  
*A la conciencia* (2015)  
Daniel Báez  
Técnica mixta sobre madera  
81 × 61 cm

Aunque parezca que ver, escuchar y callar muchas veces es el precio por permanecer en el puesto, no se trata de la única realidad, por ese motivo, desde la prosa de estos relatos, se entretajan reflexiones un poco más complejas sobre el mundo laboral y personal de los godínez, en las empresas e instituciones de gobierno.

Escritas en diversos tonos —algunos cómicos y otros reflexivos—, estas diez breves historias, con personajes y situaciones comunes, hacen notar que detrás del desarrollo y del progreso se encuentra el esfuerzo diario de personas admirables; además, constituyen un sencillo reconocimiento a quienes perciben un salario desarrollando su labor detrás de un escritorio.